El invernadero de los tres elfos



SABRINA BLANCO

EL INVERNADERO DE LOS TRES ELFOS

Capítulo I: Presentando a Madame Yuvenia

—Haber, haber….

En el tocador de su lujosa habitación amueblada como el siglo XVIII Madame Yuvenia se miraba la cara palmo a palmo, recorriendo con las manos cada poro de su piel, examinando las pestañas, los labios, las marcas de alrededor, con un espejo de cerca. Primero sonreía, buena aptitud, luego procedía.

A sus pies Dena la Cocodrilo había puesto el toca discos, la Habanera de nuevo. Bailaba dando vueltas, pensando que arriba, bailaban los pequeños pajaritos que colgaban de la gran lámpara de perlas imperial que custodiaba el aposento en el techo.

—¡Dios Mío, tengo una arruga debajo del ojo derecho! ¡Mira, Dena!

Una voz chillona recorrió los pasillos del gran caserón, y su cocodrilo se acercó a ver a su ama, abriendo su enorme boca, asintiendo con la cabeza.

—¡Socorro! ¡Doctor!

Dena cayó al suelo, dando varias vueltas, rompiendo su tocadiscos.

¡Que susto!

La campanilla de Yuvenia comenzó a vibrar. Su tono de voz era como el de una ninfa cuando cantaba junto a un río en calma, pero ahora no. El tono histérico ponía frenético a cualquiera. Esos chillidos ni siquiera parecían humanos, era como la mezcla entre un delfín, una sirena de policía y una bruja siniestra. Aquí es donde empieza nuestra historia.

El doctor vino, y la observó. Era una arruga en verdad. Concluyó que debía de encerrarse en la Sala de los Espejos. Ella le siguió, pero Dena de mala gana. Le costaba dejar su tocadiscos. Con su lazo rosa como único adorno Dena marchó detrás de ellos, protestando en cocodrilo.

“Seguro que ni siquiera me dejan pasar” —Denia sabía que los humanos no entenderían el lenguaje cocodrilo.

Por eso se limitaba a pensar.

Yuvenia era la mujer más rica de la ciudad. Tenía una gran mansión.

Su gran casa estaba construida con ladrillos rojos y muchos

cristales de diferentes colores, decían que eran de los mismos que usaba para vender sus perfumes y cosméticos en botes multicolores e increíblemente diseñados con muchas formas. Y es que Madame era dueña de una firma de estética muy prestigiosa, importando sus grandes productos a todas las partes del mundo.

Su firma se llamaba “Belleza del Jardín” y tenía tanto cremas, como mascarillas, todo tipo de geles, de tónicos, de leches limpiadores y de elixires extraños e indescriptibles que vendía para cualquier persona. Parecía magia, Yuvenia elaboraba perfumes y cremas para combatir cosas increíbles: desde dolores de cabeza, al acné de los adolescentes, pasando por el mal humor, la depresión, el aburrimiento, el frío, la soledad o el hambre cuando se seguía una dieta, malas digestiones, incapacidad de retener nada en la memoria, miedo, torpeza para hacer algo, llanto inconsolable o una risa sin fin.

Y es que los productos de Madame Yuvenia rejuvenecían, curaban y devolvían a sus clientes del stress o la tristeza al estrellato más pletórico.

Una mujer podía pasarse el día trabajando, pero cuando se ponía la crema hidratante de Yuvenia, en menos de cinco minutos su pelo se estiraba, su uniforme o traje se fruncía y las mejillas recuperaban el color.

¡Y ay para aquel que la viese! Porque se enamoraría al instante.

Y es que la compañía de “Belleza del Jardín” se asentaba justamente en el centro de la ciudad de Mildred Oscura. Por tanto, para los habitantes de esta ciudad tener allí a alguien tan importante como Madame Yuvenia fabricando en el más alto secreto sus productos era un honor a la par que un entretenimiento, pues la fábrica tenía una chimenea gigante que siempre destilaba humo rosa, verde o azul completamente inofensivo, Yuvenia se había asegurado que no perjudicasen la capa de ozono ni contaminasen, ella necesitaba la naturaleza viva, no muerta.

Junto a su mansión Madame Yuvenia estaba rodeada de casitas pequeñas llenas de gente que cuidaban sus invernaderos, a la vez que Yuvenia estaba siempre haciéndose tratamientos de belleza ella misma, y no tenía tiempo de ver como sus trabajadores tomaban las flores y las plantas que más tarde llevarían a su fábrica de perfumes para elaborar los distintos artículos que eran en las palabras de la misma Yuvenia:

—Una obra de arte, queridos míos

Su voz era dulce en estado normal como antes dijimos, pero sonaba extraña, era como si ni ella misma se creyera lo que acababa

de decir, y por tanto mucho menos el resto.

Yuvenia contrataba a los mejores médicos y cirujanos del mundo, que cogían su rostro y se lo estiraban, aplicando instrumentos y productos aún más raros que los otros cirujanos del resto del universo ni siquiera conocían. Algunos los llamaban "mágicos" e incluso para tener su cuerpo en forma la ataban en la habitación de su clínica privada con cuerdas, y la vedaban completamente como si fuera una momia, aplicándole extractos y extractos de ese ingrediente secreto que tanto se afanó la prensa y los perfumistas de la "Dulce Gardenia", su competidora en buscar, pero nunca hallaron. Madame se había pasado incluso una vez cuatro días sin comer y sin beber, mientras el mejor doctor estético del mundo, Conrad Maquiavelli la cuidaba y le practicaba todo tipo de operaciones.

El resultado era maravilloso, Yuvenia lucía resplandeciente en todas sus apariciones públicos. Tenía el pelo corto y rubio platino, a la altura de las mejillas, sus ojos grandes y grises destilaban una indiferencia angelical que se transparentaba con unas cejas altas y estrechas, pero que hacían su rostro aún más ambiguo.

Sus piernas eran delgadas, a pesar de que Yuvenia no era muy alta, pero su deporte favorito era la natación. Competía desde pequeña.

En sus pies siempre había unos zapatos blancos, y en sus piernas unas medias rojas o de colores chillones, según el traje disparatado que llevase, pero siempre solía ir conjuntada. Dena la acompañaba a todas partes. El pobre animal parecía inocente.

¡Qué carita ponía cuando su ama iba a un concurso de literatura o de jóvenes artistas pintores saludando a los demás niños y abriendo su pequeña boquita para enseñarles sus dientes!

No hubiera Denia hecho daño ni a una sola persona.

Además, su cocodrilo siempre se ponía a bailar en todas las fiestas, diríase que la misma Yuvenia le hubiera echado una de sus cremas, la de la "Sinfonía sin fin: Para pieles Secas", tal era su título. Yuvenia tenía siempre a su pequeña Dena junto a ella.

Dena tenía su propio tratamiento facial. Lo llevaba en una bolsita que siempre iba anudada a un medallón de su cuello, también rosa como el lazo.

"Espero que no me coloque también una peluca" —pensó en cocodrilo.

Yuvenia no sabía hacer nada sin ella. A su mascota le pedía ayuda para todo, era su mejor amiga, porque Serena… ¡qué torpe era!

Siempre entendía todo al revés. Pero más tarde nos ocuparemos de ella.

"Belleza del Jardín" se caracterizaba porque la había heredado de su madre, Yuvenia III, y Yuvenia IV como única hija era la heredera indiscutible del poderoso imperio estético.

Yuvenia se había hecho ya todo tipo de operaciones, pero para cualquier tratamiento en su mente siempre había la misma obsesión: ese ingrediente secreto que se iba acabando. Sus investigadores, al frente de su fiel secretaria Serena buscaban en todas partes donde podía crecer esa última flor que Yuvenia necesitaba tan desesperadamente, y es que ya no nacían como antes, sino en lugares tan alejados y siendo tan pequeñas que apenas podían conseguirse, ni siquiera los robots que enviaba podían captarlas con su radar.

Era un tipo de rosa que crecía al amparo de las luciérnagas cristalinas. Solo con el calor de un insecto nacían, con el amor que una luciérnaga de esas de noche que amaban el cristal podrían darles. Sus pétalos eran de plata y sus tallos de oro.

Por eso eran tan importantes, sin ellas la compañía quebraría y muchos trabajadores perderían sus trabajos según Yuvenia, y mucha gente de estar bellas para sus parejas, el mundo, sus hijos….

Pero la verdad es que bajo esa máscara de cordialidad y buen humor se encontraba una auténtica personalidad enigmática.

Era tanta la obsesión que Yuvenia tenía con su cuerpo que podía pasarse días y días mirándose en "La Habitación de los Espejos" que tenía en su mansión, y que contenía un jacuzzi y una pequeña barra americana en la que ella misma se hacía sus cocteles, pero eso sí, siempre debían de llevar fruta. La fruta tonificaba la piel.

Yuvenia dejaba sus tacones fuera de la bañera, y respiraba con tranquilidad mirando a ambos lados de ella, pues grandes espejos constituían las paredes de esa sala, y ella miraban delicadamente la forma de la nariz, de sus cejas, su maquillaje, probando varias sombras, sus brazos, se ponía de pie, la forma de la cintura…Aquel examen era interminable, dejaba a Yuvenia sumergida en un ensueño que parecía un hechizo malévolo de aquella flor que ella aplicaba en cada uno de sus productos.

"Debo lanzar una línea de maquillaje"

Poco o nada pensaba en las familias que dependían del trabajo que hacían para ella, o en los niños que ganaban los concursos, la gente que donaba en sus subastas.

Su cocodrilo nadaba en el agua, pero luego Dena era echada fuera por Madame, quien se quedaba haciendo números, pensando

qué iba mal. ¿Por qué razón las luciérnagas cristalinas no incubaban a las flores, que se quedaban tan enanas?

Así la dejamos, sumidas en su egoísmo. Yuvenia rompía en su gran mansión con desgana el dinero recaudado en las ferias benéfica y pagaba con ello a los profesionales que había contratado para encontrar más flores. No podía parar de hacer que su fortuna y su juventud se ampliasen, que ambas creciesen como si fueran una ola.

—Una ola —dijo ella en esa noche con Dena durmiéndose a los pies, el mismo día en que se había pasado encerrada en la sala de los espejos —pero mi fortuna tiene que seguir creciendo, y no puedo dejar que las arrugas invadan mi cara.

Estaba que se caía del sueño, pero de repente el teléfono sonó.

—¿Diga?

La manga del pijama de seda le jugó una mala pasada, se quedó atrapada con las patas traseras de Dena.

—Madame Yuvenia

—Sí, Serena —dijo ella reconociendo la voz de la torpe chica —dime ¿está todo en orden?

—No, madame —dijo la chica

Yuvenia esperó.

Serena también esperó.

Fueron segundos cargados de tensión, al otro lado del auricular.

—¿Qué has hecho ahora, estúpida?

La frialdad de Yuvenia quedó de manifiesto ahora.

—Madame, hemos encontrado la radiación de la flor aquí mismo en Mildred Oscura —dijo su secretaria.

—No me digas… ¿dónde?

—Es la casa de un señor que tiene una floristería, madame —dijo Serena —están conmigo Louis y Cosme.

Yuvenia estaba contenta, por fin, por fin tendría la flor con ella. Y esta vez el doctor Maquiavelli la cultivaría con su nuevo proyecto, a plantarlas en el laboratorio, teniéndolas bajo observación continua.

El silencio de Serena la llevó al enfado.

—¿Y tú crees que a mí me importa?

—Bueno, yo…lo siento, jefa.

—Serena ¡o me traes la flor o te despido, y recuerda donde irías!

—¿Qué?

—Tendrías que volver a vivir con tu padre y con tu madre, y dime ¿qué te llamaba tu padre?

—Sanguijuela —dijo Serena, pero en el fondo se sentía culpable.

Sabía que aquello no estaba bien.

Al otro lado del teléfono las risas de Madame taparon todo sonido.

Yuvenia lo sabía, era demasiado blandengue para esa clase de trabajo. Pero ya estaba fuera, el equipo le sería enviado ahora mismo.

—Te envío un equipo de extracción —dijo Yuvenia tocando el botón verde se su pequeño mando —pero mañana quiero en mis laboratorios esa flor.

Su casa a pesar de su estilo clásico estaba dotada de todas las últimas tecnologías.

Los grandes pájaros usados para las extracciones salieron, y en menos de media hora ya todas las aves habían abandonado su hangar y se dirigían hacia la posición de Serena.

—Ya las veo, preparados, corto y cierro —dijo Serena

Yuvenia rio y rio tan fuerte que si no lo hubiera hecho aún la estaríamos escuchando.

Capítulo 2: El invernadero de Epis

Los dos hombres que llevaba Serena, Louis y Cosme temblaban bajo el rocío de la mañana.

—Pero qué frío —dijo Cosme

Su nariz estaba roja y gorda como la de un pimiento. Las aves que Yuvenia había enviado estaban junto a ellos, mirando hacia dentro del jardín que pretendían asaltar.

Los cuervos tenían una señal de alarma puesta en el cuello, de este modo el equipo de Yuvenia les coordinaría a las órdenes de Serena.

—Está bien —dijo Serena poniendo el dedo sobre la nariz de Cosme —no metas más ruido. Mirad ¡despierta Louis!

Serena pegó un golpe fuerte en el pecho del torpe matón de Yuvenia. Louis estaba durmiendo bajo el vallado sin parar de roncar. Ante el golpe de pronto despertó.

Louis se puso en pie. Era tan alto como un poste, y siempre se levantaba como un resorte. Su coleta roja se escapó de su goma, parecía un vagabundo— ¡Louis, baja, que te verán! —dijo Serena colocándose las gafas.

Serena llevaba unas gafas de cristal tan gordo que sus pequeños ojos parecían grandes y gigantes. Como un alienígena.

Louis se sentó riendo feliz. Traía un gorro naranja, aunque el tiempo ya decía que el calor iría llegando a Mildred Oscura.

—¿Qué debemos hacer?

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no se duerme en las operaciones?

—Lo siento, jefa —dijo Louis

—Bien ¿tenéis los dardos tranquilizantes?

Los dos matones asintieron. Serena los miró con nerviosismo.

Era su primera gran misión fuera de los laboratorios y de las oficinas de la firma. No estaba muy segura de que aquello fuera lo suyo, después de todo lo suyo era optimizar y los ficheros, no las tácticas para robar flores mágicas.

En cualquier caso, envió a cada uno de sus ayudantes a un lado y dijo:

—En grupos de tres con cada uno de nosotros.

En la oficina, Carlos, el coordinador así lo hizo. Su máquina emitió un graznido que hizo que los cuervos alrededor de los sicarios se dividieran en tres.

Serena entonces dio la señal, y todos entraron.

¡Aquella visión! Ella se rio.

Louis intentó entrar, pero los cuervos se colaron en el jardín antes que él, y se dejó el gorro en las ramas, metiendo mucho ruido.

Serena entró la segunda con su larga gabardina tipo hombre invisible y saltó la valla como si fuera gelatina, todo parecía derretirse. El frescor de la mañana la hizo estar más y más nerviosa.

Todo parecía mejor por la mañana, eso pensaba desde la escuela, pero la verdad era otra. Tras ella entró en la propiedad que no tenía ninguna alarma Cosme, seguido por sus tres aves como todo un profesional, aunque tenía la nariz tan roja que no podía apenas gesticular.

—¿Todo bien en ese perímetro? —susurró Serena

—Todo cubierto, no hay leones en la cueva —dijo Louis.

Serena le miró confundida. ¿Por qué hablaba de aquella manera?

Sí que era tonto… ¿pensaría acaso que era el protagonista de una película de espías?

—Yyyy…puueee….laaaa —sin embargo, Cosme no pudo decir nada, su nariz estaba tan rígida y roja como sus labios.

—Déjalo, Cosme —dijo ella

Se agacharon, y miraron a Serena. Ella les indicó el camino mirando su dispositivo.

Encendió la hermosa luz dorada, y de pronto surgieron de aquel precioso jardín todas las libélulas de luz que pudieran imaginar, a la luz que ella acababa de encender, era el amanecer. Se mezclaban esas luces con mariposas que parecían tocar el cielo azul.

¡Qué espectáculo tan cristalino, era como estar en otro mundo! Sentían los trabajadores de Madame Yuvenia que estaban bajo un gran panel azul blanco, que el sol que tímidamente asomaba les proyectaba la figura de unos seres magníficos, brillantes e insólitos que ya conocían, pero de los que nunca habían tenido auténtica percepción.

Los cuervos miraron a las preciosas voladoras, e intentaron graznar, pero Carlos desde la central les quitó con los sensores la voz, no era el momento de armar escándalos.

Carlos sintió algo caliente caer por sus rodillas, pero no podía distinguir qué era, tan insinuantemente pegajosa era la explosión de

alas y de puntos blancos y oro brillando en el espacio. La pantalla en blanco y negro de su monitor se volvió de pronto de color, alguien estaba tras él.

¡Era la jefa!

Venía vestida como de costumbre, con una larga falda color perla y los largos guantes rojos que se ponía. Miraba con terror la escena, quizá era Yuvenia la única persona a quien aquel maravilloso espectáculo le resultaba indiferente.

Las luciérnagas se mezclaban aún más con las mariposas y una de ellas se posó ante las gafas de Serena.

—Avisa a Serena que no está en el teatro, Carlos —dijo Yuvenia

Pero Carlos estaba como todos los de esa oficina, absorto en la visión de sus amigos con aquellas impresionantes aves.

Poco a poco la luz de la mañana se hizo más y más evidente, en los siguientes segundos.

Las mariposas se separaron de las luciérnagas cuya luz pareció tomarla el sol para sí, como si ya tuviera poca.

—¡Carlos! ¿Es que no me oyes?

Madame sacudió a Carlos, pero era éste ajeno a todo cuanto oía solo podía mirar la pantalla.

—¡Serena, vamos! —dijo Madame tomando el mando, empujando a Carlos fuera de su silla, con desprecio— ¡Estás despedido, inútil!

Pero Serena apenas podía pensar.

Las alas de aquella última mariposa que la miraba eran demasiado preciosas.

Cosme a su lado escuchó unos pasos, y se puso en pie.

De repente delante de él aparecieron unas figuras etéreas, como el aire. Parecía que sus pasos no se oían, o que habían aparecido del fondo de alguno de aquellos pequeños setos que los miraban dentro del jardín del señor Epis.

—Hola —dijo el primer hombre a su lado.

Sus ojos eran de un azul tan profundo que Cosme apenas pudo decir nada más.

—¿Acaso estás cansado, amigo?

La voz fina y melodiosa del primer visitante hizo que Louis cogiera por el hombro a Cosme y le apartara.

—Hola —dijo— mi nombre es Louis

El hombre de pelo oscuro sonrió lentamente, buscando algo de entre sus manos que de la nada apareció. Era como si fuera una hermosa oscuridad que surgió del centro de su mano. El extraño tenía un anillo plateado con el signo de tres rayas cruzadas sobre

una especie de río de plata.

Serena no pudo atisbarlo bien, pero su voz suave y sus movimientos tan rápidos como misteriosos hicieron que todos ellos prestaran mucha atención.

—Hola Louis, bienvenido —dijo el hombre —espero que seas feliz en el jardín de Epis.

Serena se fijó que tenía las orejas extrañas, eran de pico, como la raza de las hadas.

Su cabello estaba peinado hacia atrás solo de un lado, del otro un tirabuzón negro apareció.

—Lo soy —dijo Louis

Su acento francés se notó más que nunca.

—Oh, un compatriota —dijo el extraño espíritu del jardín —yo soy Pan, de los bosques perdidos de Francia.

—Un francés también —Louis le miró despacio

—No yo, mi bosque de procedencia —dijo Pan

De pronto de sus manos surgió una pequeña forma negra. Su túnica larga y rayada también de extrañas formas perpendiculares trazó un dibujo —os presento a mis hermanos, Melissa y Plumón.

—Yo soy Serena —dijo la asistente mirándolos

A la espalda de Pan dos seres también de orejas de pico los miraron con calma y sonrieron, sobre todo la mujer. Era la más hermosa. Tenía el pelo de un castaño oscuro, rizado en hondas que le llegaban al pecho, con un extraño peinado de flores e insectos… era muy extraño, eran como libélulas que no se iban de su cabello, sino que descansando en su cabeza movían las alas suavemente.

El segundo de los elfos iba vestido con un largo abrigo, era una especie de túnica de plumas. Ese era Plumón.

También comenzó a mover las manos. Éste llevaba un anillo de oro, y la hermana uno del color del carmín.

—Feliz amanecer, yo soy Melissa, perdonad que no esté el señor Epis —dijo la hermana —yo soy del sur de Marsella.

—¿Cómo entonces sois hermanos? —Cosme miró a Melissa profundamente.

En los ojos de aquella mujer bullía algo extraño, pero ella comenzó a mover sus manos exactamente como Pan.

—Porque todos los de nuestra familia lo somos, habitemos donde habitemos

—¿Sois una familia grande?

—Somos elfos —dijo Pan —nuestros antepasados se remontan más lejos de mil años, por eso entre nosotros todos somos llamados hermanos, aunque no compartamos la misma sangre familiar.

—Es una señal de respeto —dijo Louis mirando a Serena —como nuestro saludo

—¿A qué venís a nuestro invernadero? —preguntó Plumón

Ahora los otros dos elfos se situaron cada uno a un lado del jardín.

—¿A vuestro invernadero? —Louis apenas podía dejar de mirar aquella pequeña especie de cajita negra que brotó de las manos de cada uno de ellos, y que no paraba de dar vueltas, como si de magos se tratara.

—Sí, aquí es donde plantamos todas nuestras plantas, aquellas destinadas a la extinción —dijo Melissa

—Bueno, nosotros creíamos que….

—Mirad, que hermoso regalo os haremos —dijo Plumón mostrándoles una especie de chistera.

—¡Serena, Serena! ¡No caigáis en su trampa! —gritó Yuvenia

¡Era increíble! Todos en la torre de control miraban embelesados a aquellos tres seres practicar su extraña magia, mientras que ella, Yuvenia, no sentía nada.

Solo el miedo a perder aquella rosa de plata y oro que tan sólo ya no crecía por ninguna parte sino en forma microscópica. Aquellos tres idiotas deberían de traérsela, el plan era que para ese amanecer entraran y la cogieran.

—¡Ofrecedles dinero, Serena!

Pero Serena apenas podía oír la voz de Yuvenia, solo prestaba atención a las palabras de los elfos.

—¿Cómo puede ser un invernadero?

—Pensabas que era un jardín, lo sé. Pero el señor Epis está ya mayor y no puede ocuparse ya de él, así que nos lo entregó para que pudiéramos revertir la atmósfera de este lugar, ya que esta pequeña tierra es la última que queda con la magia suficiente. Sólo debemos cuidarnos de aquel ser frío y calculador, el ser oscuro que ha nacido en Halloween.

—¿De verdad? ¿Qué queréis decir?

—La profecía de nuestro pueblo —dijo Pan —solo podrán conocerla aquellos elegidos, no el resto del mundo.

—Ah…

Serena y sus dos ayudantes estaban de acuerdo con todo cuanto aquellos tres elfos decían.

Asintieron encantados, mientras los tres se agrupaban ahora mostrando las tres chisteras.

—Es un viejo truco, pero el resultado siempre me ha gustado —dijo Melissa

Alrededor de ellos una fragancia indescriptible emergió. Tres conejitos surgieron de las chisteras, y Serena junto a sus dos compañeros los tomaron, sonriendo.

—Podéis entrar en nuestro invernadero, pero solo si queréis —dijo Pan

—Solo si respetáis —dijo Melissa

Todos miraron a Plumón, se suponía que debía decir algo. Era como si todos lo supieran. Louis acarició al conejito blanco que pusieron en sus manos. Era como un peluche, como un trocito de algodón dulce.

—Si sois buenos de corazón —repuso Plumón.

—No queremos dañar a nadie —dijo Serena —pero teníamos que….

Algo se borró de la mente de Serena, era como si su memoria de pronto fuese un encerado borrado, y la información escrita en tiza hubiera desaparecido.

—Tenías que hacer algo malo —dijo Pan —por ello es que no lo recordáis.

Louis miró a Serena, y al fondo una voz surgió.

—¡Amigos míos, dejadlos entrar en la casa! Primero desayunaremos si os parece bien —dijo Epis, el dueño de la casa.

—Le damos las gracias, señor —dijo Serena extendiendo su mano —soy Serena, y estos dos son Cosme y Louis. Trabajamos para una firma de cosméticos, pero ahora mismo no sé para cual.

—¡Maldita disidente! —gritó Yuvenia

Pero su voz ya se escuchó del todo.

—Encantando, soy Epis de "Epistola", ¿mi madre creía que existía un "Epistolus" sabe usted? Pero no…

—Sí, entiendo —dijo Serena

Epis era un hombre bonachón. Era gordo, y no muy alto. Pero siempre llevaba jersey verde y pantalones rojos, estaba de buen humor y los seres del bosque le veneraban.

Los elfos no entraron, se quedaron afuera, cuidando del invernadero.

—Melissa, cuida de las Niñas Blancas —dijo el señor Epis

—Solo necesitan un poco de compañía —dijo ésta con las manos cruzadas —no se preocupe señor.

Los elfos miraron sonrientes como estatuas ligeras que las figuras entraran en la casa.

Luego que se cerró la puerta demostraron la desconfianza.

—Está claro quien les ha enviado, hermanos —dijo Plumón

Era el más receloso de todos. Dos de sus plumas cayeron cuando

se sentó ante los claveles negros. La pequeña carpa le protegían del sol, y al mismo tiempo retenían su calor.

—Mis preciosos Amantis —dijo éste tocando las flores de al lado.

Eran unas preciosas flores verdes como lechugas, que nacían de la tierra y reían o lloraban, ahora se movían temblando.

—No te preocupes por las flores, todas están bien —dijo Pan mirando dentro.

Dentro estaban las flores más extrañas y delicadas sembradas por los elfos. Flores que nunca habían existido en las tierras de los hombres, solo en las flotantes de los elfos cuando aún vivían en comunidades.

—Nadie sabe que este invernadero es mágico —dijo Melissa

—Pero ellos iban a entrar a coger algo —dijo Plumón inspirando profundamente —temo por la profecía.

—Está claro a la compañía a la que representan —dijo Pan sentándose junto a Plumón.

—Belleza del Jardín, la firma de Madame Yuvenia

—¿Acaso no sabéis como esa mujer logra retener la magia y embotellarla en todos sus productos?

—Claro —dijo Melissa —usa las uvas del amor de Afrodita.

—¡No! —dijo Pan— ¡Es imposible que hayan existido en las tierras de los hombres!

—¿Qué quieres decir?

Los ojos azules de Melissa se quedaron fijos en los de Pan.

Los de él eran del color del guisante.

Por eso les hablaban. Pan sabía todo lo que sabía porque los guisantes le hablaban. Ya les había dicho que las calabazas comenzaban a estar nerviosas, y también los girasoles mágicos.

—Que no crecen en ningún lugar donde Yuvenia o su equipo podría haberlos encontrado, Melissa.

—Me parece increíble —dijo Melissa tomando una de las flores rosas que crecían en la última macetita de todas cuantas había bajo el comienzo del toldo y ya casi buscaban los rayos del sol, soplando y dejando que las pequeñas láminas rosas que eran sus pétalos volaran por encima de ella.

Un perfume fue cubriendo entonces la ciudad, mientras todo el mundo sabía que algo bueno estaba a punto de ocurrir. La fábrica de Madame estaría a punto de crear una nueva crema.

En la ciudad se escuchaba:

—¿Qué es eso papá?

—Es Madame Yuvenia que está fabricando un nuevo perfume

—Yuvenia ya va a forrarse otra vez

—¿Qué cultivará esa mujer en sus tierras para que sus productos huelan también?

Melissa sonrió.

Los elfos tenían un gran oído, podían oír a muchas leguas de distancia.

—Sabes que es Yuvenia —dijo Plumón golpeando el suelo enérgicamente con el pie.

—Debemos averiguar qué querían esos tres de nuestro invernadero —dijo Pan abriéndose paso entre ellos.

—Muy pronto lo sabremos —dijo Plumón delante de él

Miraron los tres conejitos que escaparon por la puerta de atrás.

—¡Muy bien, amigos, dejad a los pequeños que jueguen por el jardín!

—Señor Epis….

Los tres elfos sonrieron felices.

Epis los había engañado, para que los conejitos les enseñasen a los elfos el misterio de la visita de sus amos.

Los elfos miraron fijamente a los conejitos que pasaron por el invernadero cubierto de largo y llegaron a la parte delantera del jardín. Se metieron entre las amarillas Durmielas y se quedaron un buen rato.

—Oh no…

Pan sonrió dando un golpecito en las orejas a los tres peludos dormilones.

El primer conejo que se levantó se dirigió entonces al centro de la meseta, donde una estatua de una hermosa mujer parecía elevarse a los cielos.

La diosa fortuna sonreía. Sus alas eran pequeñitas pero lo suficientemente grandes como para elevar la fortuna de Epis a los cielos y a la de esas plantas y flores que los elfos habían traídos a un entorno favorable.

Epis, los elfos y sus plantas encontraban una gran satisfacción con el trato al que habían llegado.

El primer conejo llegó entonces donde muchas libélulas descansaban, perdidas entre la brisa leve que se levantó, un airecillo primaveral.

—Vamos, no molestes —dijo Pan a éste que desapareció de allí.

El aire era muy juguetón en esa época del año.

—¡Ji, ji, ji!

Se alejó silbando, como si fuera un niño.

—Vaya, creía que aquí no nos encontraría —dijo Melissa

Entonces el conejito que subió por la escalerita hasta la mata en la que descansaban unas macetas con rosas de oro y plata las señaló con la pata. Podía sentir los pensamientos de Serena, los otros dos bajaron las orejas, eran los conejos de Louis y Cosme.

Las pequeñas libélulas de cristal se hicieron invisibles, sentían miedo incluso de los elfos. Volaron al contacto de los dedos de Pan sobre las flores.

—Oh sí, son estas flores las que quiere Yuvenia —dijo Pan —su fragancia es la más fuerte del jardín.

—No me lo puedo creer —dijo Melissa— ¿cómo no nos hemos dado cuenta enseguida?

—Porque no prestamos atención —dijo Plumón sintiéndose desgraciado.

Habían fallado en su principal tarea, y por eso todas las plantas que habían traído estarían en peligro.

—He oído hablar de esa mujer —dijo Pan —es mala, fría, ambiciosa y falsa, hará lo que sea con tal de no perder su dinero y su poder.

—Pero… ¿qué crees que hará? —le preguntó Melissa

—Querrá comprarnos todas las flores y con ellas se irán nuestras últimas rosas —dijo Pan

—¡No tenemos por qué vendérselas!

—Si no se las damos sería capaz de destruir esta casa con todos nosotros dentro —dijo Pan —y no quiero que por nuestra culpa Epis tenga problemas.

—Tenemos que pensar en algo —dijo Melissa —y pronto, antes de que esa mujer haga algo malo.

Capítulo 3: La fiesta de Yuvenia

Las uñas de las manos de Yuvenia se clavaban en la mesita de madera dejando unas grandes marcas en su rabia, mientras que sus dientes chocaban unos contra otros en un estado de ira sin fin.

—Malditos elfos, han hechizado a mis ayudantes y les han convertido en unos idiotas. No es que fueran muy inteligentes antes, pero ahora…

—Ellos volverán, señora —dijo el doctor Maquiavelli a su lado —mire, he desarrollado este perfume para ellos, que repele la magia élfica, pero solo funcionará fuera del invernadero.

—Déjame olerla

Yuvenia tomó el pequeño frasco.

El doctor con cara de pocos amigos la miraba. Estaba envuelto en una larga bata blanca. El doctor Maquiavelli era de igual manera científico que médico.

Para él toda la ciencia era una, y jamás suficiente al mismo tiempo. Todo requería ser cambiado, repuesto, mejorado. Por eso odiaba otro trabajo que no fuera el de científico. Aunque muchos le tildaran de científico loco.

—Mmmh —Yuvenia sintió como un olor dulce, mezcla del frescor del musgo y lavanda se apoderaba de ella, también había ingredientes…de la cocina, de los postres.

—Zanahoria, vainilla, alga, el mar —dijo ella

—Sí, señora, la mezcla de algas, musgo marino y plancton, del mar con la vainilla y la zanahoria dulce, la canela y el azúcar que son propios de postres terrestres les aleja y hace que los elfos no tengan ningún poder sobre las personas que lleven este perfume.

—Musgo marino… —repitió ella

—Oh sí, señora —dijo el doctor

Sabía en lo que pensaba Yuvenia.

Ella se había puesto de pie y tomó un café de su larga taza de plástico en la que ponía su nombre, mirando a través de la cristalera azul las luces de la oscura ciudad que nacía a sus pies, y sobre la que mantenía el monopolio, Mildred Oscura.

Con alguien como Yuvenia aquella ciudad se podía llamar así perfectamente, era algo esperable.

Era la mente de nuestra villana un huracán en el que ella estaba atrapada, y que la rodeaba donde frascos que contenían distintos perfumes de colores con muchas etiquetas bailaban rodeados de pinzas de depilarse, de tintes, pelucas, pero sobre todo de billetes.

Ella comenzó a reír, y a ronronear.

Sin duda la idea le había gustado, pensó el doctor Maquiavelli.

El nuevo producto sería comercializado, en todas partes. Yuvenia ya lo vio y diseñó con sus propios sueños despierta los escaparates.

“Deseo sin elfo” —dijo ella en voz alta

Una de sus largas piernas salió afuera. Enfundada en la media roja, y con un zapato blanco como final la pierna golpeó el suelo varias veces.

—La comercializaremos tres veces por mes solamente, Conrad —dijo ella

El médico asintió.

—Oh y cuando regresen Serena y sus dos idiotas los bañarás en este perfume —dijo ella— ¡dile a Carlos que comience la promoción!

Así que eso les esperaba una buena ducha.

El doctor Maquiavelli miró el suelo. Ahí estaba de nuevo.

Era tanta la maldad de Yuvenia y su ira sin controlar que había dejado con su tacón un boquete en el suelo, al igual que la madera de su mesa se había caído.

No sabía disimular.

Yuvenia al entrar en su habitación se quitó los guantes que había roto, tirándolos al vacío por la ventana. Vio como los guantes volaban, más allá de todo cuanto ella podía ver. Se elevaron por encima de las chimeneas, de las casitas grises y bajas por detrás de los astilleros.

¡Qué hermosa era la ciudad! Tan gris, oscura e indiferente.

Las fábricas de “Belleza del Jardín” al fondo comenzaron a despedir un hermoso humo rosa.

Yuvenia rio y rio al percibir ese nuevo olor que entraba por la ventana, creyendo que era de su fábrica.

Se sentó en el tocador, y peinándose el cabello llamó a su amiga.

—¡Dena, apaga ese cacharro y ven!

Duna la obedeció de mala gana.

“Está tramando algo, seguro” —pensó

Se subió sobre la media roja de Yuvenia, pero le hizo una carrera.

—Oh ¡estúpida!

Yuvenia se puso en pie, y Dena, humillada miró su tocadiscos.

Yuvenia la cogió entonces y la posó en su sillón rojo.

—Escucha, y aprende —dijo ella, señalándola con su cepillo del pelo —ellos creen que saben más que yo, y sin duda lograrán sacarles a los estúpidos de mis ayudantes a qué fueron allí. Ellos se lo dirán, así que hay que trazar un plan.

El cocodrilo abrió sus fauces, feliz. Era una historia simpática, si había involucrados tres elfos lo sería.

Había visto a su ama dejar a mucha gente sin dinero y humillar a los demás, con un estilo que haría que esas actrices de los cincuenta parecieran colegialas. Siempre si fuera lo más natural del mundo, como si ellos fueran los malos y ella la buena.

—Yo tengo que ganar, y ellos tienen que perder, porque soy Yuvenia, porque así todo está bien —decía ella riendo.

Su risa era una risa suave, pero al final acababa en unos ronroneos extraños.

—¡Ja, ja, ja! ¡Mmmmh! ¡Mmmh!

Yuvenia estuvo riendo un cuarto de hora más o menos. Dena se recostó sobre su pequeño saquito el que llevaba siempre en su cuello, mirando al horizonte de Mildred Oscura, buscando algo con que divertirse.

Pero un coscorrón hizo que se girase.

—¡Dena! ¿Me estás oyendo?

Dena bailó sobre sus dos patitas de delante abriendo y cerrando la boca como si supiese de lo que Yuvenia estaba hablando.

—¿Lo ves? Siempre funciona, siempre que te pregunto algo si te divierte es que es una buena idea —dijo Yuvenia

—Invitaré a esos elfos repugnantes y a ese viejo a la fiesta que haré para los jardineros de la ciudad y los maestros perfumistas.

Dena dijo algo en cocodrilo, pero Yuvenia meneó la cabeza y abrió las manos.

—No, Dena, no. No te enrolles

Dena entonces cerró su boca, pensando cómo podría hacerle entender en que aquello no funcionaría.

—Ellos sabrán que los intentaré comprar, así que no haré eso. Sino que se lo quitaré mientras están aquí, y de un modo que nadie jamás hubiera sospechado, Dena.

Dena sonrió perversamente.

Oh, quizá no lo hemos dicho, pero claro está Dena no era un buen cocodrilo, era una mascota agresiva y mala.

Nunca comía las porquerías dietéticas que comía Yuvenia, sino que le robaba su filete al perro de la cocina cada día, y él a pesar de

ladrar como un loco nada obtenía, más que un nabo viejo que el cocinero cansado le daba, y tomándolo por un hueso dado el hambre que pasaba el pobre Gaspar alucinaba y se lo comía.

El perro de la cocina estaba cada día más delgado por culpa de Dena.

El cocodrilo se reía en la esquina de la cocina con una risa tan silenciosa que era espeluznante, parecía una vieja bruja con la nariz tapada.

—¡Mascota mala, vete de aquí! —solía decir Fermín, el cocinero

Era un hombre alto y delgado como una cerilla, que acariciaba el viejo pastor alemán y le daba cuando se daba cuenta de lo que pasaba un buen filete, pero el cocodrilo se moría de rabia.

Veía en el afecto de Fermín por el perro algo que ella no tenía con Yuvenia.

Los días que pasaba Dena intentaba subirse a la camita y quedarse a los pies de Yuvenia, pero ésta le gritaba que fuera a su sitio.

La dejaba dormir en su misma cama, pero a un lado. Jamás la había besado ni abrazado, eso era impensable. Simplemente porque era incapaz de sentir amor, no por lo menos a algo o alguien vivo. Solo besaba a sus botes de perfume y a sus cremas para estar joven, ni siquiera al dinero, aunque éste era también su segundo amor.

Algo que Pan no había previsto.

El elfo sabio pensaba que era lo único que movía a Yuvenia, por eso no podría haber previsto aquello que acabó pasando.

—Enviaré a mis emisarios come —flores, Dena —dijo Yuvenia sacando a su mascota de la pena que sentía —vamos, ya sabes qué hacer.

El cocodrilo tocó de la campanilla cuya cuerda había sido puesta debajo para que ella pudiera llamar al extraño servicio de aquella casa.

Las puertas se abrieron, y ésta fue al laboratorio de Maquiavelli.

En su cuarto, Yuvenia sacó su pequeño escritorio portátil, una reliquia heredada de su abuela, y se sentó en la cama quitándose de pronto los grandes tacones blancos, que resbalaron por sus grandes pies hasta el suelo, mientras comenzó con la tinta de calamar y la pluma del abuelo a redactar de su puño y letra invitaciones para la noche.

“Se invita para mañana por la noche, 20 de marzo, a los mejores perfumistas y maestros jardineros de Oscura Mildred a mi casa con la esperanza de presentarles mi nueva fragancia en una rueda de prensa que haremos antes de la cena y el baile posterior. Como en

su propia Belleza del Jardín,

Madame Yuvenia”.

Encima dibujó su propia firma diferenciada, con su verdadero apellido, uno que jamás revelaría, pues todos sabrían lo malvada que era.

Nadie jamás sabría su apellido real.

—¡Mmh, Mmh!

El placer que sintió cuando iba echando en las invitaciones de una perfumada cartulina blanca de calidad sobre la cama, para escribir en la última “Querido maestro jardinero Epis” fue demasiado. Sentía que por fin podría reproducir el perfume y todos sus productos con la magia que antes lo hacía, ya que en los últimos tiempos los efectos mágicos de sus productos habían bajado, y las oficinas de los consumidores se habían llenado de quejas hacia su marca, pero de nuevo recuperaría su antiguo esplendor. Belleza del Jardín no podía ser aplastada por su compañía, ni su piel perder el frescor de la juventud.

Yuvenia miró el espejo que tenía sobre la cama, toda su habitación estaba llena de espejos, junto al gran dosel, en cada cristalera, en los pies, bajo la silla.

Yuvenia pasó su mano por la piel lisa de la cara, pero allí encontró un pequeño pliegue de piel junto al párpado cuando se rio.

—No, no puede ser una arruga, porque estoy tomando la vitamina KLI —11 de la grasa de ballena que me dio el doctor Maquiavelli, así que es científicamente imposible —dijo ella cruzando sus piernas y terminando la nota para Epis y los elfos.

Ojalá lograra engañarlos a ellos más que a sí misma.

Posó la pluma, sintiéndose amargada y continuó explorándose el rostro, mientras grandes lagrimones cayeron sobre la cama de la rica mujer.

—¡No quiero ser vieja antes de tiempo!

El llanto de Yuvenia y su facilidad para engañarles a todos era idéntico al de Luiti, el perro juguetón de Epis.

—¿Os gusta vuestro trabajo? —dijo él entregándole su comida

El perro devoró la comida de su plato como si fuera la última que probaba. Tenía mucha energía.

Luiti era un perrito pequeño y marrón que ladró a los conejos cuando volvieron a entrar.

—Bueno, no mucho, pero nuestra jefa es exigente —dijo Serena tomando otra taza de té que el buen jardinero les había dado.

Él movió la cabeza, sintiéndolo mucho.

—Es un trabajo un tanto cargante, pero es muy bien pagado —dijo Louis

—No sé si os merecerá la pena. Madame Yuvenia os hace pasar demasiada fatiga, y os obliga a hacer cosas horribles —dijo él —se nota que no queríais entrar en esta casa a la fuerza.

Serena se puso en pie al oír un timbre.

—Oh, los croissants están listos —dijo Epis— ¡Luiti, Luiti, ven! —dijo él

El perro ladró alegremente mientras Epis le dejó uno en su pequeño plato.

—¿El perro come también dulces?

—Come de todo, señor Cosme —dijo Epis

—Cuéntenos la historia de este huerto —le pregunto Serena

—Era un jardín, ahora es más bien un invernadero para mis amigos. La casa era de mi difunta mujer, Carmen. Pero cuando ella murió al no tener hijos me la dejó a mí. Cultivaba todo tipo de flores extrañas, que ya el anterior inquilino había dejado explicándonos cómo cuidar las plantas. Nos dijo que el clima de este jardín y el aire era muy extraño, pues no pasaban las estaciones por él. En este jardín podías cultivar aquello que nace en primavera todo el año, incluso en invierno.

—¿Y no pagaste más por la casa?

Louis mojó un trozo de croissant en el té.

¡Estaban deliciosos, como la historia de aquel señor!

—No, se ve que el dueño tenía prisa por venderla, nos la vendió por un precio irrisorio, y con este jardín.

—¿Alguna vez ha vendido usted alguna de sus flores o de las… usted planta?

—Claro que sí, los elfos me dejan un trozo de huerta para mí, la huerta está detrás de la casa, y el invernadero —dijo él —por eso lo llamamos invernadero.

¡Qué extraña era aquella cocina!

Epis tenía muchas teteras y también vasos, copas y cubiertos de extraños colores, que variaban con el sol que entraba por la ventana, el cual no parecía quemarles.

La mesa era sencilla, con un mantel azul con flores verdes.

Pero había algo extraño cuando los tres conejitos volvieron y cada uno se sentó a los pies de los ayudantes de Yuvenia.

—No logro recordar para qué hemos venido —dijo Serena —pero ¿podemos llevarnos los conejitos?

—Claro —dijo Epis —es un regalo de los elfos, son muy generosos.

—¿Es de ellos esta vajilla?

Louis señaló todos los instrumentos de cocina.

Epis asintió sonriendo.

—Son más refinados que la mayoría de nosotros —dijo él —los conocí un día que fui de picnic al campo, junto a la ladera del bosque. Sé que recomiendan no adentrarse muy allá, pero mi mujer y yo siempre íbamos —dijo él saliendo de la cocina un momento.

Serena, Cosme y Louis se miraron unos a otros.

Luiti ladró y fue a que todos le tocaran, era un perro muy cariñoso, luego continuó zampándose el croissant.

—Esta casa es muy tranquila —susurró Cosme

Tenía razón, era todo demasiado regular, armonioso. Trabajando para Madame Yuvenia no sabían qué era eso.

Como sucede a menudo aquellos cuyo entorno es hostil al entrar en contacto con gente de naturaleza tranquila se sienten tan calmados que no quieren más tarde volver a su estado normal. Cuando ves un día resplandeciente, ya jamás te rendirás a la noche.

El señor Epis entró con una foto de él y su mujer, Carmen.

Era la de su boda. Epis era indudablemente más joven, con más pelo y más delgado. No era muy alto, pero su mujer estaba sonriente, y tenía un rostro muy hermoso.

Puede que incluso más que el de Madame.

—Mi perro es lo único que me queda de mi mujer, ella lo rescató de la perrera, lo adoptó y lo trajo a casa —dijo él tomando a Luiti en sus brazos, acariciando sus pequeñas orejas.

El perro se dejó masajear con tranquilidad.

—El perro ¿le recuerda a su mujer? Era muy guapa —dijo Louis

—Gracias, sí es lo más preciado que me dejó junto al jardín, claro —dijo él —conocí a los tres elfos en el primer picnic que hacía sin Carmen. Fue un día que no hacía mucho sol. Yo estaba leyendo el diario que ella me había confiado, no podía leerlo antes de que ella me lo indicara, y lo hizo unos días antes de morir.

Epis entonces se calló. Clavó su mirada frente a la mesa, intentando que no se notara la riada que produce la pena en el corazón humano, el torrente de lágrimas en el cual el dolor siempre desemboca.

—¿Estás bien? Oh, disculpe que le tuteemos —dijo Serena

—Estoy bien, y claro, podéis llamarme Epis a secas.

—Gracias

—Conocía a los elfos ese mismo día, mientras la última palabra de mi mujer se escapaba de mi mente, era “ellos”. Como si de magia se tratara ellos aparecieron entre los árboles, brillando, como

piedras preciosas, trajeron el sol, en un día de verano en que tan sólo una lluvia caliente era cuanto presagiaba el ambiente. Se sentaron a mi lado y me cogieron las manos —dijo Epis abriendo ambas y mirando a sus invitados, casi como si estuviera realmente reviviendo el momento —me dijeron palabras preciosas, me hablaron de un gran jardín y un invernadero, de plantas que ya no crecían en su reino, al que cada vez les costaba más llegar. Dijeron que conocían a Carmen, y me ensañaron su firma en una piedra. Siempre habían hablado con ella, pero ella jamás me lo había dicho a mí por miedo a que no la creyera. Mi pobre Carmen ¡cómo admiraba a estos elfos! Como yo lo hago ahora.

—¿Ellos le pusieron su invernadero? Es precioso

Serena clavó sus ojos en los de Epis. No se esperaba una historia como aquella.

—Mi esposa se hizo muy amiga de los elfos. Estos le contaron sus problemas, y ellas las suyas. Los elfos supieron que mi esposa estaba enferma antes que yo mismo, y luego les invitó a venir, pero yo ese día estaba trabajando en el jardín de un amigo.

—Así que al final ha resultado usted ser un jardinero —dijo Cosme

No era como si les sorprendiese, pero algo dentro de ellos cambió.

¿A qué habían ido allí realmente?

—Los elfos al morir mi esposa vinieron, tanto en el bosque como en mi casa, vinieron a mí. Yo les di la oportunidad de cultivar su invernadero y todas las plantas en aquellas partes de mi jardín donde había la atmósfera que ellos buscaban. Sus plantas resultaron ser asombrosas, con nombres extraños y colores que nunca antes había visto.

—Hay una flor, aquella donde las luciérnagas de cristal duermen —dijo maquinalmente Serena.

A sus dos compañeros no les eran desconcertantes sus palabras, pero no sabían exactamente por qué.

Los conejos, apacibles los miraron en silencio.

—Sí, así es. Pero no es una sola flor, son varias —dijo Epis — están en el invernadero de Pan.

—¿Cómo son ellos, Epis?

—Pan es el elfo más antiguo de los tres, y Melissa la que da el brillo a las flores, Plumón es el que da vida a la casa de este anciano que veis. El que juega conmigo a las cartas, el que teje las mantas con las que me tapo y cuida de mis flores cuando yo ya no puedo.

—Entonces son para ti como tus hijos.

Epis encendió su pipa, mientras asintió, recostándose en la silla mecedora que tenía al fondo de la habitación.

—Luiti, chico, ven —dijo él.

El perro marrón vino, moviendo su cola de un lado al otro.

—Bueno, supongo que es hora que nos vayamos —dijo Serena en un susurro.

—No, tomaos antes el desayuno, y cuando queráis volver hacedlo, me gusta la buena compañía, pero por favor, por la puerta principal.

—Gracias, Epis.

Todos le tutearon. Pero Epis se abrazó al perro en silencio durante unos instantes. Era obvio que era un hombre triste.

Esa misma tarde a las cinco cuando se presentaron frente a Yuvenia ésta ya tenía la mansión medio organizada.

Yuvenia recorrió con sus altos tacones blancos todas las plantas, bajó en el ascensor de cristal con Dena e hizo que el caviar se sirviera antes de las copas.

Escogió una variedad de champán incoloro, pero de olor a fresa, con una dentro. Era muy extraño, porque la veías en la copa, pero al meter la mano ¡allí no había nada!

Yuvenia escogió un vestido gris para la ocasión, con dos grandes cremalleras. La primera iba desde su cuello vuelto en aquella tela ligera hasta su ombligo, y la otra de un hombro a otro, entrecruzándose. Era un vestido raro, pero en cierto modo precioso, porque el armiño blanco del que iba acompañada, junto a la banda de “Madame Belleza del Jardín” la hacían parecer una mujer que va a un concurso de belleza, aunque la edad de eso ya hubiera pasado hacía mucho.

Se había hecho la inspección, y Dena le había dicho que tenía una pequeña pata de gallo, pero al echarse la esencia mágica del doctor Maquiavelli para pieles con exceso de sombras como Yuvenia le decía, mágicamente hizo que su piel volviera a ponerse lisa y perfecta. Su pelo rubio había sido teñido esa misma mañana y cortado, así que la raya en medio fue quitada gracias a una larga medalla gris de joyas extrañas que hacían juego con sus ojos.

Cualquiera que hubiera conocido a Yuvenia en la intimidad hubiera sentido lástima.

Pena porque una mujer que a todas luces era guapa y con un carácter alegre y chisposo fuera tan fría y no tuviera corazón. A la vista de los hechos no lo tenía, por lo que hacía, por lo que decía.

—Bien chicos, bienvenidos —dijo con una copa de champagne

en la mano al recibirles. Sus uñas eran rojas, más largas que un día sin pan.

—¿Bienvenidos? —los tres la miraron en silencio.

Venían rendidos.

¡Jesús habían pasado la noche fuera y no sabían por qué!

—Sí, claro —dijo Yuvenia —espero que estéis preparados, pero he decidido adelantar la fiesta, será esta noche a las siete. Ya he enviado todas las invitaciones —dijo ella apurando la copa y bebiendo un profundo trago hasta acabarla.

El camarero a su lado miraba al suelo.

—A pesar de que me habéis fallado os perdono, puedo hacerlo —dijo ella

Sus palabras eran extrañas, como su ropa, sus gestos.

—Señora….

—¡Que hermosos conejos! —dijo ella tomando el de Serena— ¡Que blanditos y suaves!

Apoyó el conejo junto a su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel. Hoy no llevaba guantes, mejor.

Acarició la mejilla del conejo de Serena. Era suave, casi como un recién nacido.

—Le gusta, señora —dijo Serena

—Oh él a mí también, jamás pensé en elaborar nada de mis cremas con conejo, pero claro, Maquiavelli tampoco —dijo finalmente devolviéndole el conejo a Serena estrepitosamente — pero tal vez podría comentárselo.

—No, lo decía porque….

Las esperanzas de Serena desaparecieron. Claro, pensó por un instante que Yuvenia podía sentir algo por una criatura buena, que no fuera Dena, quien los miró de mal humor.

Cosme y Louis se replegaron hacia atrás.

Sentían temor de Dena.

—Señora —dijo Louis— ¿podríamos pedirle algo?

—Claro —dijo Yuvenia —lo que sea.

El cartel de arriba en dorado ponía “Maestros perfumistas y jardineros de Mildred Oscura”.

—¿Podría invitar a un amigo nuestro?

—Oh, sí la invitación del señor Epis ya ha sido enviada —dijo Yuvenia antes de desaparecer.

Los tres se quedaron con sus conejos mirando las escaleras con la alfombra roja.

Todo era muy, pero que muy raro.

Seguro que Madame estaba tramando algo.

Epis recibió la invitación antes de las ocho.

—Señor Epis ¿es para esta noche? —Pan podía ver las letras a través del blanco sobre, el material era duro y resistente. Cartulina de eventos importante, pan de oro, pero esa tinta, y esa letra —letra de calamar —cerró sus ojos que se tornaron violetas, con destellos —arrogante, pérfida es la persona que lo ha escrito.

—¡Ah, Pan, ¡anunciador de males! —dijo Epis poniéndose la corbata frente al espejo de su gran armario —Me ha invitado Madame Yuvenia, seguramente por obra de nuestros amigos.

—No son nuestros amigos, Epis —le dijo Melissa —pues tienen bajo sus labios muchos secretos que no te han dicho.

—¡Ah es verdad! ¿Qué querían llevarse entonces?

—Las rosas de oro y plata —dijo Plumón —aquellas que nacen donde las luciérnagas de cristal duermen, pero era extraño, solo querían una.

—¿Y por qué no se la disteis? —quiso saber Epis

Plumón miró a Melissa y ésta a Pan.

¿Se habían equivocado entonces? ¿Deberían haberles dado la flor?

Total, ¿qué podrían haber hecho con una sola?

Pan se sintió, sintiéndose incómodo.

—Ah, elfos —dijo Epis —siempre pensando lo peor. Sois muy melodramáticos.

—Carmen solía decírmelo, sí —dijo Melissa

Epis la miró brevemente, sin saber qué decir.

“¡No, no debería de haberle hablado de su mujer!”

Idiota.

Pero no pasó, nada. Epis se ahuecó las mangas.

—Vamos, ¿es que me vais a dejar solo?

Epis cogió su bastón, y riendo se dirigió a la puerta.

Los tres elfos felices fueron a vestirse aún mejor. Irían a su primera recepción en Mildred Oscura, en la ciudad cargada de pecados cuyo único vínculo de color eran sus flores y el humo que salía de la fábrica de Madame Yuvenia, quien quiera que fuese aquella malvada mujer, solo obsesionada con la belleza, y con su dinero.

Los tres elfos se vistieron para ir de manera impresionante.

Un largo vestido rosado para Melissa, con las hojas de un otoño que no existía en sus cabellos largos y sueltos, una túnica para Pan de color verde, y el habitual abrigo de plumas de Plumón, plumas plateadas y doradas, como las flores que Yuvenia quería.

Cuando apareció ante ellos, todos se admiraron.

—Plumón, estás muy elegante —dijo el señor Epis

Fue de esos susurros que se escapan de nuestros labios, como la belleza no se puede ocultar, así su abrigo era una obra maestra de la Naturaleza.

—Mis hermanos los pájaros de la ribera me lo hicieron hace muchos años —dijo Plumón

Sus ojos claros resplandecieron.

—¡Es la hora! —dijo Epis— ¡vamos, he pedido un taxi estará ya afuera!

Y así era, apenas salieron vieron al taxista con cara de pocos amigos. Era raro, pues les estaba esperando casi de pie, se introducía en el coche, mirando hacia el horizonte.

—Venga, llévenos hasta la mansión de….

—¿De Madame Yuvenia?

—¿Cómo lo sabe?

Epis se sentó delante del todo junto al taxista. El hombre era rudo, de aspecto desaliñado, y tenía un sombrero marrón que se quitó.

—Porque toda la gente de calidad que sale esta noche va a su fiesta.

Los elfos miraron a su jardín, pero Pan pronunció las palabras.

Desde lejos los labios de Yuvenia se posaron en los del elfo.

En efecto, allí estaba. Oculta con su abrigo verde entre las mismas hojas que ansiaba tener, con su guardaespaldas Héctor detrás, y su médico y fiel amigo delante, el doctor Maquiavelli.

—Que el invernadero se cierre —leyó ella en voz baja.

Y es que Madame Yuvenia había aprendido a leer los labios, desde que era una niña encerrada en aquel colegio para señoritas, donde sus compañeras se peleaban por ver quien era la más bonita, la más popular y ocurrente.

A Yuvenia esto último no le había parecido lo más importante, sino lo primero. Sin belleza no había nada, nadie sobresaldría mucho en una casa si era feo, o sería bueno, pero a medias, pues cada vez que todos le recordaran sería con una cara vulgar o fea en el peor de los casos, con una nariz larga, o unos labios tan finos que serían invisibles, o quizá con una piel seca y mal cuidada, con granos o unos ojos saltones.

Y la vejez ¡qué horror la vejez!

Todos se quedarían aún más feos después, con toda la piel de los ojos caída, casi sin mirada, como un perro, las carnes fofas, las rodillas con las curvitas de alrededor por el sobrepeso o la edad, los

brazos flácidos. La cara llena de arrugas.

Unos guantes de color tan rojo como sus medias taparon su rostro.

—Debemos hacerlo ahora, doctor Maquiavelli —dijo Yuvenia mientras recitaba las palabras contrarias a las que había dicho el elfo antes de irse.

—Que el invernadero se cierre —dijo ella

En ese mismo instante, las flores que habían sido tapadas por la hierba, como por arte de magia aparecieron, y la verja se abrió, por donde entró Yuvenia que tomó el bote que le dio el doctor, y comenzó a esparcir alrededor de todas ellas a sus queridos amigos los gusanos infectos que se comerían ese jardín maravilloso, aquel invernadero sin estación en el que guardaban su preciosa flor.

—Busca la flor, doctor Maquiavelli, y tú, Héctor, ayúdale

El matón musculoso armado hasta los dientes, entró junto al doctor y penetraron en el invernadero de los elfos.

—Esperad —dijo Yuvenia sintiendo la fragancia desorbitada de las flores que emanaban desde dentro —aquí está la hierba de Vega, tomad y oled este eucalipto, sino caeréis dormidos en un profundo sueño. Es una trampa de los elfos para quienes entren aquí.

Así lo hicieron. Yuvenia les entregó un poco del eucalipto de aquel gran árbol que estaba en medio de la propiedad y se engarzaba con la casa entrando de un modo milagroso dentro de la chimenea, y cuando los hombres entraron dentro del invernadero no sintieron más que un ligero sueño que se solventó con un bostezo.

El eucalipto funcionaba.

Mientras ellos buscaban la rosa, Yuvenia observaba fascinada como los gusanos blancos y amarillos devoraban las verduras del suelo, las flores rojas y azules insignificantes y tan conocida por ellas como eran las margaritas y las nomeolvides.

—¡Qué extraño que esta atmósfera pueda existir sin que estación alguna la cambie! —observó el doctor Maquiavelli, pero Yuvenia no le escuchaba.

Las nomeolvides y las margaritas eran las del dueño de la casa, las del perfumista que ahora ella debería de recibir en su casa.

¡Qué patán!

Esa casa debería de ser de ella, ese invernadero y el jardín de al lado también.

¡Cuántos nuevos productos el doctor podría realizar con esas nuevas flores que ahora observaba como si fuera Sherlock Holmes

con su lupa!

Yuvenia cambió de idea, pero iría poco a poco.

En su mente ya no le valía con las flores, quería la casa completa.

Los gusanos fueron engordando más y más a medida que los pétalos, las flores iban siendo comidas.

—Eso es —dijo Madame Yuvenia susurrándoles —trabajad para mí, mis dulces amiguitos.

Para ella eran dulces, pues su glotonería le daría la victoria.

—¡He encontrado las flores!

Yuvenia se acercó al doctor Maquiavelli.

—Doctor, no me lo puedo creer —dijo— ¡hay muchas!

El doctor la observó y comenzó a arrancarlas, pero algo en el aire le molestó.

—¿Qué es eso? —repitió el doctor

—Parecen bichos —dijo Héctor impasible

—Oh no, no puedo dejar que me piquen. Esta atmósfera es mágica, y esos elfos sin duda pueden tener muchos animales, pues la fauna hasta ahora no se nos ha presentado, pero puede tener con esta temperatura y estos cambios anticlimáticos una presencia amenazante ante el ser humano, entrenada para ello cuando humanos toquen sus preciadas plantas.

Yuvenia abofeteó a Conrad dos veces.

Sus ojos grises echaban chispas.

—¡No le contraté ni he confiado en usted todo este tiempo para que sea un cobarde! —dijo ella

—¡Oh, hay muchos, son insectos, seguro que son venenosos! —dijo él

Tomó corriendo agachándose y levantándose y dando grititos las rosas y las metió en un bote grande, tanto, que cabrían dentro miles de hadas.

—¡Vete ahora mismo, y espérenos en la avioneta del bosque! —dijo Yuvenia— ¡Debería despedirte, inepto!

El doctor Maquiavelli llevaba un chubasquero verde oscuro encima de su bata blanca. No estaba acostumbrado a semejantes aventuras, ni las habría esperado nunca de Madame, pero desde hacía un tiempo ella no sabía parar de pedir cosas, más y más cada día.

Quería que le hiciese tratamientos de belleza cada vez más agresivos, que le buscase nuevas fórmulas para sus cremas y perfumes en activo, los cuales sin el ingrediente de la rosa de joyas ya comenzaban a irse, y él tenía que rellenarlos con otros parecidos,

mezclando, inventando, experimentando para que durasen, rezando para que lo hicieran, y así tener el millonario contrato que le ataba a "Belleza del Jardín" vigente y vivir forrado, y lo que era su verdadera obsesión, tener muchísimo dinero para su jubilación, una fortuna semejante a la de Madame.

No podía sino pensar en aquello, por eso asintió y se fue a la avioneta.

Pero de pronto algo asaltó la tranquilidad de Yuvenia, tirándole de la cola de su vestido gris suavemente.

Era como un ronroneo fuerte, luego como un ladrido apagado.

—Hay un perro detrás de mí —dijo ella mirando a Héctor.

Éste se quitó el gorro negro y asintió.

Pero había algo, algo con lo que nadie contaba. Junto a los tiestos de la derecha un saco de comida de perro precisamente descansaba.

Yuvenia se la mostró con la cabeza a Héctor, que comprendió.

El guardia de seguridad abrió el saco, y Yuvenia metió dentro los cuatro últimos amigos dulces que le quedaban, y comenzaron a revolverse. Luego sacó de su pecho el pequeño bote de fragancia animal, un compendio de feromonas humanas y animal mezcladas, que calmaba a cualquier bestia. La usaba a menudo con Dena.

—Debería de haberla traído —dijo Yuvenia en voz alta, echándose la fragancia, y dándose cariñosamente la vuelta.

Mostró una sonrisa, blanca y tan franca como la de una madre de familia, o una mujer de su casa, incluso más tierna que la de una monja recién nombrada.

Miró al perro. Luiti soltó su vestido, oliendo la fragancia mezcla de su fauna y de la de la humana que le miraba. El perro, bondadoso y alegre de naturaleza, como sus amos, la miró feliz, agitando su rabo.

El último regalo de una moribunda a su esposo. Su mejor amigo, el de una de las mujeres más buenas que habían existido en la tierra en esa época, no solo en Oscura Mildred.

—Ven, pequeño, y come —dijo Yuvenia quitándose uno de los guantes, acariciando la cabeza del perro.

—Es usted muy persuasiva, señora —dijo Héctor

Ella le miró con cara de recelo.

—No seas pelota, Héctor. Jamás te confiaré tanto como a Conrad o a otros más próximos a mi servicio, y jamás podrías obtener mis favores tampoco. Hicieras cuanto hicieras, pero si quieres seguir en nómina eso puede arreglarse. Guarda silencio y obedece mis órdenes. Eso es todo —dijo Yuvenia con una voz tan feliz, que Luiti

pensó al comer aquella deliciosa comida que ésta le daba sin notar la presencia de aquellos gusanos que fueron despedazados bajo sus fauces, tanto era el deseo que sentía de obedecer a esa especie de nueva ama que había transformado su ira al ver a extraños en la casa en felicidad.

Desde que Carmen había muerto, Luiti no había vuelto a echarse en el regazo de una mujer así.

Pero no todos los seres humanos eran así. Cuando sintió un dolor en su estómago lo supo. El veneno de los gusanos, su ponzoña, estaba dentro de él.

Yuvenia lo vio agonizar sin decir nada.

—Nadie jamás me arrebatará mis sueños —dijo ella susurrándole al perro, que con varios espasmos de dolor se retorcía sin emitir más ruido que el de un leve aullido.

Héctor apartó la mirada, mirando al vacío.

—Debemos de volver, Madame. Ha pasado más de unos veinte minutos.

—Sí, por supuesto —dijo ella, poniéndose su guante de nuevo, tirando el perfume a un lado, ya no lo necesitaría. No esa noche— ¿lo has grabado todo como te dije, Héctor?

—Sí, Madame —dijo él retirando la cámara, que negra, apenas se vislumbraba desde el invernadero.

Yuvenia y Héctor se alejaron de allí, tan rápidamente como habían llegado.

Al otro lado del bosque moría la ciudad, allí donde su sombra negra ahora sin el humo de las fábricas de Madame se volvía aún más oscura, como si el sol nunca brillara en la industrial cueva.

La avioneta subió tan alto como las nubes grises se proyectaron.

—Por fin podremos volver a nuestra antigua fórmula, Conrad.

—Sí, Madame Yuvenia, haré cuanta quieras.

Yuvenia sonrió feliz, mirando la miserable ciudad de la que era la reina bajo sus pies.

Pero como si fuera un resorte algo saltó de su cabello a su regazo.

—¡Dios Mío, otra vez, Dios Mío!

Era una cana.

Ahora sí, no tenía tiempo que perder. Una cana…

—Es solo una —dijo Conrad mirando la raíz de su pelo —el pelo en su raíz tiene su color natural bajo el tinte, no está blanco, para nada.

—Oh Conrad. Este es un día triste —dijo ella

En efecto, lo era. Pero ahora tenía un plan que tramar, y una

fiesta multitudinaria que atender.

Cuando llegaron al hangar rápidamente Serena, Louis y Cosme les esperaban con sus ropas nuevas para Conrad, y para llevarse las flores.

—¿Es que tenéis que tener estos conejos siempre pegados a vosotros? —les reprendió Yuvenia.

Los conejos se alzaron, como si estuvieran libres, en la pradera, oteando el horizonte en primavera, en vez de presos en la mansión de una mujer rica, obsesionada con la juventud y más mala que un dolor de muelas, casi una bruja. Y en efecto, podría haberlo sido, ya que Yuvenia nació la noche de Halloween, la noche de los trasgos, las calabazas fantasmas, las sombras y las viejas que hacían hechizos y se comían a los niños.

Cuando ella bajó de la avioneta los conejos se acercaron a ella como buscando algo.

—Es la hora de ensayar, Madame —dijo Conrad

—Oh, que conejos tan suaves —dijo Yuvenia tocándoles.

¡Qué angelical figura tenía junto a las personas! Primero riendo apoyándose sobre el hombro del doctor, y luego cogiendo a los conejitos.

—¡Mirad, quieren irse conmigo! Es por el perfume que llevo esta noche —dijo ella besando a los conejitos.

—Oh, Madame, he estado trabajando en algo con ellos —dijo el doctor Maquiavelli —más con la mente que con las manos aún, pero…

—Más tarde, Conrad, más tarde —dijo ella dejándolos en el suelo— ¿cuánto queda para nuestra presentación, Serena?

—Media hora, Madame —dijo ella

—Bien, vámonos entonces —dijo ella— ¿dónde está Dena?

El cocodrilo surgió entre las piernas de Cosme.

Mientras el ayudante estaba entretenido con el abrigo del doctor, ella le había hecho un lío en los pies con su correa y él se cayó de bruces. Dena divertida se posó frente a él, con la boca abierta.

—Oh, Dena —dijo Madame —deja de atormentar a mis ayudantes, o parecerán más estúpidos de lo que ya lo son.

El coscorrón de Cosme fue mayor, lloró tanto como se rio el endiablado animal.

—No le hagas caso, Cosme —Serena siempre tenía una palabra de aliento para él.

Dentro del castillo la fiesta era prodigiosa.

Yuvenia y su fiel asistente Serena se fueron a su habitación, allí

debía de preguntarle algo que nadie más sabría.

—Serena ¿has retenido al elfo que te dije?

—Sí, Madame Yuvenia —dijo ella— para darle una sorpresa, como usted me ha dicho.

—¡Vaya, vaya que formal nos hemos vuelto! —dijo ella mirándola con frialdad —Pero espero que me seas leal, Serena. He confiado en ti desde el primer día, recuerda que sin experiencia jamás te habrías sabido desenvolver en el difícil mundo de la cosmética y los negocios sin mi apoyo. Recuerda cómo compré el silencio de tu madre, cómo querían usarla para hacer una campaña inmunda contra mí, diciendo que todas mis buenas obras eran falsas.

—Sí, Madame —dijo Serena. Sus ojos parecían dos grandes bolas bajo las gafas.

Yuvenia se las quitó.

—Lentes de contacto, Serena —la obligó a sentarse en el silloncito de su tocador, mirándola con seriedad.

Por un instante la joven se sintió feliz. Sentada allí, puso sus manos entorno a su escritorio, mirando el espejo. Es cierto que no era hermosa, pero sin las gafas de pasta parecía otra.

¿Acaso sería posible?

¿Llegar a ser como Yuvenia?

¿Así se sentía la mujer más poderosa de la ciudad, sentada ante su imagen tan bella, con tanto poder? ¿Por eso era tan fría cuando parecía amable e incluso angelical?

—Jamás serás hermosa, Serena —dijo Yuvenia poniendo sus manos enguantadas sobre los hombros de la joven, que asintiendo se intentó poner en pie bruscamente, con el corazón roto. Pero Madame la apretó y volvió a sentarse de un fuerte manotazo— ¡pero eso no significa nada! Así es como una persona fuerte se forma, renaciendo de sus cenizas, lidiando con la verdad. No eres hermosa, de acuerdo, debes aceptarlo y vivir con ello, pero puedes cambiar, puedes luchar. Y soportar cosas que no te gustaría hacer, tomar decisiones que no habrías hecho en otra vida, siendo otra. Si quieres triunfar de verdad deberás aceptarlo —dijo al final, su voz era firme y su pulso aún más cuando subió su cabello oscuro y dejó que una de sus manos tomara un lápiz de ojos y le trazó dos finas líneas egipcias, bajando luego la melena.

Serena se miró de nuevo.

¿Sería real, siquiera posible aquello que veía?

Era ella, pero sus orejas de soplillo habían desaparecido, y sus ojos gigantes. También la nariz parecía menos ancha.

Su rostro estaba enmarcado por una línea diferente.

En el suelo el cocodrilo y los tres conejos parecían estar hechizados por ella.

¡Serena estaba en una encrucijada! Ser fiel a Madame Yuvenia y florecer lo más que pudiera, o ser ella misma y no brillar lo más mínimo.

—O puedes dejar que la mediocridad de la vida te vulgarice aún más, pequeña —dijo Yuvenia poniéndole las gafas de pasta de nuevo, negras y ya detestables para Serena.

Ésta se tocó los ojos, pero Yuvenia con un pañuelo de papel ya le borraba las líneas.

Ahí estaba la magia.

Belleza y brillo. Fealdad y vulgaridad.

Ser buena o ser mala, debía elegir.

Pero ¿acaso hacer lo que tu jefa te pedía era ser mala persona?

"No, es ser trabajadora e independiente" —pensó ante aquel mismo espejo.

Yuvenia vio su rostro triste, perdido en la vulgaridad de su rostro. Luego supo que era suya.

—Ahora ayúdame a cambiarme de guantes, me pondré los blancos, y pégame la cola blanca también de armiño a este vestido, todo debe de ser diferente a cuanto esperan.

Serena lo hizo.

Dena pegada a la puerta abrió la boca, moviendo sus pequeños pies. Los tambores sonaban.

Yuvenia abandonó su habitación, dispuesta a dejar que la fiesta comenzara al presentarse oficialmente.

—Todos los invitados esperan hace más de una hora, con el buffet libre y las bebidas servidas, Madame.

—Bien, todo perfecto. ¿Y los fuegos artificiales?

Algo sonó sobre ellas. Yuvenia abrió la ventana.

Allí estaban. Durante un momento sus ojos permanecieron fijas en las hermosas figuras de colores que aparecían como flechas llenas de la divinidad de Cupido y producían la belleza infinita de sus colores, disfrazadas de pólvora. Cada fuego artificial lanzado era como uno de sus dardos clavados en una nube negra, nubes de cuento de hadas, donde las figuras más hermosas y divinas emergían, y enamoraban a cada piedra de la gran mansión, recordándoles a todos los habitantes de Oscura Mildred, la ciudad, como hoy Madame Yuvenia celebraba una fiesta en su palacio. Esta noche sería un palacio su hogar, ella sabía los pasos de la seducción, tanto para un hombre, como para todo un público, y

verían su casa como un bello recinto sagrado de un cuento.

La reina llamaba a su pueblo a su castillo, y los afortunados que fueran, intentarían conquistarla, ya fueran hombres o mujeres, llamar su atención, ser sus amigos. Buscarían su amor unos, su amistad las otras.

—Mira Serena, cómo iluminan los cristales de colores de la casa —dijo Yuvenia

Serena se admiró de la belleza de la noche, el fresco, los muchachos del parking, aparcando los coches caros que venían, el ajetreo y los suspiros ante los fuegos artificiales.

—Es precioso, Madame.

Pasó más tiempo.

—Grrrr …

—Oh, Dena. Debemos irnos —dijo Yuvenia

Bajó mientras Serena le cogía la cola. Fue a su mesita de noche y aún hizo algo. Se cambió el peinado, se echó perfume. Serena se preguntó qué perfume sería.

El rostro de Yuvenia estaba perfectamente maquillado. Su pelo ahora estaba recogido en una tiara de plata que brillaba de manera distinta.

—Vamos, pues

Llegaron como si fuera una visita real al lugar.

Al final de la escalera de caracol se había el gran salón, en la planta baja.

Cientos de invitados la esperaban.

La verdad era que en tan poco tiempo la fiesta era multitudinaria. Sus fuegos artificiales y la espléndida iluminación estaban siendo seguida por la prensa y por todos los habitantes de la ciudad.

Al descender, un sonido de expectación fue retenido.

—Madame Yuvenia, la hermosa anfitriona de la reunión —anunció una voz extraña

Entonces Madame descendió desde las escaleras de manera triunfante, con la cola sostenida por Serena.

Abrió los brazos.

—Muchas gracias por su asistencia, señoras y señores. Ruego disfruten de la velada, y perdónenme por no hacer esto más a menudo, los maestros perfumistas y los mejores jardineros de mi ciudad se merecen mi más profunda atención.

Todos rieron, no había lugar para la mordacidad en aquella mujer.

Luego Yuvenia atendió a la prensa, a la par que entre los

invitados que bebían se oían los no disimulados murmullos de siempre:

—Es transparente como el agua —dijo alguien

—Mira qué vestido. ¿Quién la viste?

—No tendrá ni un céntimo, pero mira qué fiesta está dando…

—Aún soltera a su edad

—Venga, si no es tan mayor

—Sigue igual que el primer día

—Se ha operado otra vez

—Mira, con su criada. ¿Es perfumista o una reina?

—Tiene la mejor casa de toda la ciudad, no hay duda.

—¿Dónde está ese médico bárbaro amigo suyo?

—¿Qué vino nos dará hoy para la cena?

Pero ella rehuyó a los que parloteaban, básicamente los conocía a todos. Con su fiel cocodrilo cerca cuya cuerda le entregó a Héctor, se fue a saludar a la prensa.

—Hola, bienvenidos —dijo ella

Luego hizo un posado, retirándose el abrigo blanco para enseñar su modelo. Siguió hablando con todos ellos, era una experta en el manejo de la palabra frente a las cámaras.

—Parece que sabe lo que hace —dijo Melissa observándola con interés

—Su piel… —Pan la observó detenidamente —luce como si fuera una elfa

—Yo la veo bien —dijo Epis —sin duda es la mejor establecida de esta oscura ciudad.

—Demasiado cuidado, demasiadas cremas que ralentizan lo inevitable —la voz quejumbrosa de Plumón se filtró alrededor de ellos. De pronto lo sintieron, como en medio de ellos Epis también.

—¡Ah! —dijo Epis —Me siento mal, como si algo terrible hubiera pasado.

—Nuestro invernadero…

Melissa tocó el hombro de Pan.

No, no era eso.

Era algo más. Había alrededor de ellos algo más oscuro. Pero la aparición de Madame les hizo distraerse del odioso presentimiento.

—Madame Yuvenia —dijo Epis

Yuvenia se colocó frente a ellos, sonriente.

—Hola —dijo dándoles la mano. Sonriendo feliz.

—Doris, por favor ven y tómame una foto con el señor Epis y sus protegidos —dijo ella

Doris, una joven morena con boina y una gran cámara les sacó las fotos de rigor.

—Discúlpenme por lo que he tardado —dijo ella tomando una de las copas de la bandeja que pasaba. ¿Lo están pasando bien?

—Sí, gracias —dijo Epis —sin duda ha sido una invitación inesperada para mí.

Se encontraron todos ante la amable y cercana sonrisa de Yuvenia. No obstante, había algo en aquella invitación…

—¿Nos ha invitado usted por Serena y sus ayudantes?

—Sí —dijo Yuvenia —me han dicho que es usted uno de los mejores jardineros de la ciudad.

—No hay un jardinero mejor que otro, madame —dijo Pan —las plantas se adaptan a su entorno y el cuidado que se les da depende de la disposición.

Los elfos estaban bebiendo una botella de agua, pero Epis tomó la copa de champagne que Yuvenia le ofreció. En su compañía se sintió momentáneamente importante.

Estaba en el castillo de una mujer importante y rica.

¿Qué más podía desear?

El mal presentimiento sería tan solo miedo. Miedo de estar frente a tanta gente que en círculos hablaban entre ellos en el mismo lenguaje que Epis, pero que un hombre culto como él no lograba descifrar.

—Sí, claro. Aunque yo ya me había fijado en su maravilloso jardín

—No es un jardín, Madame, es un invernadero para nosotros —dijo Plumón

Los ojos de Yuvenia recorrieron su precioso abrigo de plumas.

—Por supuesto —dijo ella— ¿qué cultivan allí?

—Ya lo debe de saber ¿verdad?

—No, envié a mis ayudantes a preguntar por cierta flor, para comprarla, pero ellos no se fijaron lo suficiente —dijo Yuvenia, sabiéndose a punto de ser cazada, pero quizá la astucia de una mujer rica y malvada podía más que el poder de los elfos, probó suerte, siempre lo haría añadiendo lo siguiente:

—Como ustedes saben vinieron como si estuvieran drogados.

—Estuvieron en mi casa, Madame —dijo Epis —merendaron con nosotros.

—¿Ustedes les dieron los conejos?

—Sí —dijo Melissa suavemente.

Los ojos de Pan contemplando la figura esbelta y elegante de Yuvenia se estremecían. No lograba dar con la verdad de su

naturaleza. Jugaba con ellos, ¿o quizá era auténtica y decía la verdad?

—Ahora tienen ustedes en sus manos uno de los ingredientes secretos de todas las fórmulas que llevan mis productos —dijo ella

—Las rosas de pétalos de oro y plata —susurró Melissa

—Así es querida, pero les ruego que no se molesten por la entrada de mis ayudantes, no cumplieron bien con su contrato, pero eso es su problema.

—¿No les habrá castigado, ¿verdad?

—Aún no —dijo Yuvenia sonriendo.

Todos parecían relajarse ante estas palabras. Tras ellos apareció Serena, pero ésta apenas los miró.

Parecía asustada.

—¿Aún no? —Plumón se desprendió del hechizo de la mujer, o, mejor dicho, de su encanto. Ni siquiera parecía humano.

—Sí, por supuesto. Ellos deben de obedecerme, ese es el trato, son mis ayudantes. Sin disciplina no habría jefes, ni subordinados, ni negocios, ni estructura jerárquica en ninguna empresa, toda asociación sería en vano. ¿Es que lo desaprueba?

—Echar a los trabajadores por una equivocación, sí.

Los tres elfos miraban a Yuvenia con sus grandes ojos, que se tornaban violetas en el intento por descifrar sus gestos, sus palabras. Pero era en vano, no sabían la verdad.

Dena a su lado andaba mirando a todo el mundo, y daba unas vueltas muy extrañas. Era como si bailase sin música.

—Ellos no serán despedidos, pero sí que recibirán la correspondiente sanción. Usted es el severo de su grupo ¿verdad?

Ella le brindó otra copa, que él rechazó.

—No creo serlo —dijo él— ¡oh, no, gracias, ya me agasajaron en la sala pertinente!

—¿Fuiste a otra pequeña fiesta, hermano? —Melissa le miró como miraba todo a su alrededor, una nueva aventura.

—Más o menos, pero no, era otra cosa. El Doctor Maquiavelli me enseñó en lo que quieren que les ayudemos. Pero fue muy extraño, había un jardín, y flores, era como uno de nuestros invernaderos allí en el que estuve, pero su clima está subordinado al del año, por tanto, ahora es primavera.

—¿De verdad? Suena muy interesante, mi esposa solía decir que un jardín tiene un temperamento propio que exige todo tipo de cuidados, ya que los jardines son presumidos.

—¿Lo son?

Tras ellos apareció el doctor Maquiavelli.

—Buenas noches, doctor —dijo educadamente Yuvenia dándole la mano.

—Buenas noches a todos, Madame.

—Buenas noches, doctor

—Doctor

Todos se saludaron efusivamente. Todos eran muy simpáticos o bien los más falsos del mundo.

—Contadnos de qué habéis hablado —dijo Epis a Plumón y al doctor Maquiavelli.

—El doctor me preguntó cómo cultivar las rosas y que duren en un determinado lugar —dijo él

—Ah, pero eso no es fácil de conseguir —dijo Pan —intervienen otras, digamos…

—Otras fuerzas —dijo Yuvenia —fuerzas más poderosas. Pocos creen en ellas y sin embargo más de media ciudad las ha visto.

—Exacto —dijo Epis —pero la gente suele ser muy escéptica.

—Están ciegos, con mis productos pueden incluso tener alivio de las depresiones —dijo Madame

—En cuanto a eso…nunca hemos probado sus productos —susurró Melissa

—Sí, lo comprendo —dijo Yuvenia —queréis pruebas.

—No, no es eso —dijo Pan —sabemos que funcionan, ya que usted utiliza las flores más extrañas y realiza experimentos de todas clases con ellas, conocemos sus propiedades. Es el uso de la magia lo que nos hace estar alerta.

—¿Tienen miedo? —el doctor se puso junto a Melissa, abriendo una especie de pergamino.

¡Era un mapa!

—¡Oh, pero si es un mapa de todos los reinos élficos! —dijo ella

—Así es —dijo el doctor —y me he tomado la libertad de señalar donde nos hemos encontrado las rosas, y ya no hay más.

—Los reinos élficos han sido abandonados —dijo Yuvenia

—¡No, se equivoca! —le susurró Epis en el oído —pero será mejor que deje ese tema para otro momento.

Era cierto, todo cuanto tenía que ver con el abandono de los lugares ancestrales de sus antepasados era un tema tabú para los elfos, pero en especial para Pan, pues la tristeza lo embargaba.

—Los reinos élficos no han desaparecido, Madame, son invisibles para los hombres, es todo —dijo Pan casi entre dientes.

—Les estamos pidiendo su ayuda —dijo el doctor Maquiavelli —si nos ayudan a plantar más rosas, les conseguiremos dinero y financiación para hacer todo tipo de injertos y cultivar a mayor

escala lo que tenéis en casa del señor Epis.

—No tenemos falta de más —dijo Plumón —pero les diremos cómo cultivar esas flores y hacer que duren.

—Como quieran, solo deseaba ayudaros —dijo Madame Yuvenia — ¿estáis seguros de que no podemos llegar a un acuerdo?

Los elfos se miraron. Luego Madame Yuvenia dijo algo y se marchó a ver a sus demás invitados:

—Podréis tener un invernadero propio, y recuperar vuestra antigua gloria en los lugares más recónditos del planeta, yo os daré infraestructuras, y vosotros me daréis antiguas fórmulas y recetas que el doctor podrá combinar con las nuestras para el negocio. Para mí —dijo ella tocando su rostro de porcelana un momento —lo que tenéis en casa del señor Epis no es nada.

Se encaró cara a cara con Pan. Los ojos grandes y violetas de él casi podían leer algo terrible en los ojos grises de Yuvenia.

Ocultaba un secreto, algo verdaderamente suyo y diabólico.

¿Seguro que podrían fiarse de ella?

Pero estaba esa proposición que había lanzado al aire…era maravillosa. Poder crear la atmósfera mágica de Epis en cualquier lugar de la tierra, e incluso en sus reinos invisibles y abandonados.

Yuvenia sabía cómo conseguir lo que quería.

La cena fue apoteósica.

Una gran cantidad de trapecistas y de atletas aparecieron ataviados exóticamente en el gran salón. Los criados retiraron la gran alfombra.

Los hombres traían antorchas, que iluminaron los rostros de los invitados, y esperaban a que las mujeres aparecieran, surgiendo estas del suelo, con pequeñas trampillas sin dudas situadas muy astutamente.

Como si fueran flores, ese era el lema.

Madame Yuvenia les ofreció un espectáculo que jamás habían visto.

Una música emocionante a tambor y trompeta acompañó a los atletas que escalaron por las invisibles cuerdas e hicieron toda clase de saltos y piruetas.

Cuando estaban floreciendo nuevas bailarinas del suelo un gran grito les asustó.

—Soy el capitán Magallanes, y nuevas tierras vengo de explorar

Un hombre vestido de conquistador español bajó por el pasamanos, y debajo otros con una especie de barco gigante le esperaban, la música siguió y el capitán hizo una serie de volteretas que le condujo a la nueva tierra, mientras las olas de papel azul

subieron por el suelo.

—¡Tierra capitán!

Una mujer entonces trepó por el escenario de papel, era una sirena.

Ella cantó una hermosa canción. Los marineros se juntaron con los atletas.

La actriz que hacía de sirena era hermosa, aunque el pelucón marrón le pesaba demasiado, se extendía más allá de las escaleras principales.

¡Que función aquella! Mezcla de ballet, de teatro, de trapecio y parodia.

Y todo para una cosa: atraer, deslumbrar.

Madame Yuvenia sabía cómo hacerlo. Pan la miró desde la distancia, sobrecogiéndose. Epis se retorcía las manos feliz, la gente reía, hasta sus hermanos elfos. Todos cayendo en el hechizo de Yuvenia.

—¡Qué hermosa melena! —dijo el actor que hacía de Magallanes

—La tengo así por mi champú —dijo ella tomando uno de los de la marca de Yuvenia —es de Belleza del Jardín, no parará de crecer, y cada vez será más oloroso y suave.

—Es bonito, suave como un edredón —dijo Magallanes tomando la peluca y oliéndola de manera simpática.

Toda la gente rio ante la poca vergüenza de la publicidad que escondía aquella pequeña actuación.

—Ven conmigo entonces —dijo ella tirando de su camisa

—¡No! ¡Debo buscar nuevas tierras! —dijo Magallanes— ¡soy el capitán de capitanes!

—¡Toca entonces mi piel! —susurró la sirena trepando más al barco— ¡es mi crema antiarrugas de Belleza del Jardín!

Magallanes la miró libidinosamente sonriendo, luego al público moviendo las cejas negras y mesándose la barba.

—Sí…tu piel es suave, esta crema es buena —dijo él poniendo una mano en el pecho de ella

—¡Ven conmigo!

—Pues no sé… ¿qué tal si me das mejor la crema?

Todos rieron, y la sirena se la dio.

—Oh… ¿y si me das también el champú? —preguntó el capitán

La sirena se lo entregó.

—Ahora ya podemos volver —dijo él

—No, no vuelvas, capitán, quédate conmigo en la isla —la sirena le plantó un beso.

Todos aplaudieron, mientras las luces fueron volviendo y los

actores desaparecieron tras inclinarse a recibir los aplausos.

—¡La cena les espera! —dijo Madame desde el lugar de honor.

Sus ojos brillaban, todo iba tal y como ella había perpetrado.

—Serena

—Diga, Madame

—¿Has insertado las imágenes? —preguntó Yuvenia

—Sí, Madame —dijo ella

No parecía muy feliz, pero era algo que tenía que hacer.

—Ahora puedes ir con ellos —dijo Yuvenia

La mesa era enorme, pero todos ocuparon sitios importantes.

Serena se sentó junto a Epis, y saludó a todos los demás. Más tarde vinieron Cosme y Louis.

El pato estuvo exquisito, y también el vino.

La prensa se retiró, y todos se lo pasaron bien. No obstante, la sensación de vacío que habían experimentado todos a la vez allí seguía.

—Hay algo extraño, Melissa —dijo Pan

—¿Qué ha pasado, es por la oferta que nos han hecho?

—Sí, no sé si será buena idea

—¿Estáis disfrutando? —Cosme se deslizó entre ellos echándoles más vino

—Sí, por supuesto —dijo Pan

—Iba a ser una noche de celebraciones, pero Madame Yuvenia la ha convertido en una noche especial. Y creo que tenéis mucho que celebrar, bueno, todos tenemos.

—Bueno, es pronto para decirlo —dijo Pan —aún no lo hemos pensado.

—Ah, pero Madame tiene el contrato redactado, es un período de prueba primero, para que os agobiéis. Os lo lleváis y le echáis un vistazo en casa.

—Sí será lo mejor —Pan sonrió, y Cosme se marchó.

Melissa iba decir algo, pero una mano se posó en su hombro.

—Espera, hermano —dijo Plumón —creo que sería beneficioso. Al menos podríamos salir del jardín del señor Epis, y ver el mundo.

—Nuestro lugar no está entre los hombres, y lo sabéis —dijo Plumón —nuestra flora podría ser de nuevo traída a la vida en nuestras sedes ancestrales.

—Eso es un sueño imposible, Plumón —dijo Pan

—Siempre habéis dicho eso, pero nunca habéis luchado para conseguirlo, y ahora que tenemos los medios os negáis. Sois débiles —dijo él abandonando la mesa.

Plumón iba a sufrir un ataque de ira, era mejor si se marchaba ahora.

—Chicos ¿qué le pasa a Plumón?

El señor Epis se sentó en su silla.

—Quiere que firmemos el contrato —dijo Pan

—Tal vez sería lo mejor, deberíais pensároslo —dijo Epis — siento que ya no me queda demasiado tiempo, Carmen os diría lo mismo, debéis asegurar vuestro invernadero.

—¿Por qué dices eso, Epis? ¿Algo te preocupa?

A su lado una pequeña amiga poco prevista llegó. Abrió su boca y como una espía que no podían evitar les hizo reírse.

—Es Dena —dijo alguien

El cocodrilo los miraba, con los ojos casi tapados por aquel ridículo lazo que le había puesto Yuvenia.

Melissa miró a su amigo, pero Epis triste miró al suelo. Había cosas que eran mejor no decir.

Yuvenia desde su lugar de honor les observaba.

La trampa ya estaba puesta por la araña, y las moscas a punto de caer. A su lado, Serena tomó su conejito y les observó hasta que todos se fueron tras la cena.

Yuvenia le regaló al señor Epis grandes cantidades de semillas, muy caras y costosas de germinar antes de marcharse.

—Sus amigos le ayudarán —fue lo último que le dijo.

Pero Epis le habló de su mujer, de lo feliz que se hubiese sentido de haber recibido aquel don de las plantas que Yuvenia parecía tener.

Epis fue el último en irse, y solo por una noche Yuvenia se retiró con su último invitado a la terraza. Hablaron durante horas, mientras sus amigos durmieron en el cuarto de invitados, pensando sin parar.

Habían reñido de nuevo.

Algunos de ellos como Melissa, Serena, Plumón e incluso Cosme pensaban que el ofrecimiento de Yuvenia era buena idea. Pero el escepticismo de Pan, la reticencia de Louis al dar su opinión y la ausencia del señor Epis, quien discutía con ello con Yuvenia hizo que los demás comenzaran a desesperarse un poco.

Plumón enfadado cogió su abrigo de plumas antes de irse a dormir y se marchó.

—¡Plumón! ¡Es muy tarde, déjalo! —le gritó desde la alta ventana, Melissa

Pero a Plumón le daba igual si era tarde o no, quería firmar y marcharse, eso lo sabían todos. La cuestión era ¿se fiaban de la

palabra de Madame Yuvenia?

—¿Haremos bien, chicos?

Melissa fue clara observando a los tres ayudantes cuando Louis les trajo en la salita de los invitados café a todos.

—Supongo que sí. Madame Yuvenia es una mujer práctica, no sentimental, aunque lo parezca. Es por ello que quizá Pan tiene ciertas reservas —dijo Serena suavemente.

Pero Pan la observó.

Podría leer en sus ojos la servidumbre a la que se veía abocada hacia su jefa, a la ambición de la que nunca ha tenido nada, por pobre, por torpe, por mala suerte o una familia negligente. Ascender junto a una mentora poderosa.

¡Qué próspera aliada podría llegar a ser Serena!

Moriría por seguir las órdenes de Madame Yuvenia. Todo cuanto le pudiera a cambio de vanas promesas sería poco. Y si no mentía todo lo más en lo que podría llegar a convertirla es en una versión barata y ruin de ella misma.

Yuvenia tenía un encanto adicional. El encanto de saberse única.

El que una villana jamás sería con la gran opulencia que su persona, que sus palabras proyectaban. Era lógico que los humanos la encontraran irresistible.

Yuvenia sabía cómo engañar a las masas, cómo venderse y eso asustaba a Pan. Los hombres no podían ver más allá, muy pocos eran los que lo conseguían. Un aciago futuro le esperaría a Serena, y uno muy solitario a Madame Yuvenia.

Era tal el grado de convicción que tenía que casi le había engañado a él también. Pan la recordaba y fingió ser hombre.

Él también hubiera comprado sus cremas, sus productos.

¿Quién no se dejaría arrastrar por la sirena de cabellos largos de aquel teatro de hoy? ¿Qué mujer no querría tener esa piel tersa o ese pelo tan largo?

¿Para qué sufrir depres o dolores de barriga?

Seguro que todos los habitantes de aquella ciudad oscura deseaban entrar en la mansión Yuvenia, aunque fueran para servir. El deseo no podía domarse, por más que él lo entendiera.

—¡Pan! —chilló Melissa

—Sí, dijo él

—¿Qué piensas de esto?

—Plumón no debió dejarnos —dijo él

—Olvídate de Plumón, digo que qué piensas de firmar el contrato con Yuvenia.

—Hay que tener cuidado, pero la oferta es buena —dijo él

—¿No te fías de Madame, ¿verdad? —le preguntó tras él Serena

—No —dijo Pan con lentitud

—Madame Yuvenia siempre cumple su palabra —dijo Serena —no es como otros hombres y mujeres poderosos que dice una cosa y luego hace otra. Lo que está en el contrato se hará.

—Entonces si ella cumple su parte nosotros también lo haremos —dijo Pan

Entre los dos corrió una viva tensión.

—Me parece que deberíamos dejarlos descansar, Serena —a su lado Cosme tiró de su compañera quien asintió y mirando con frialdad a Pan se fue.

En la fría del elfo una sonrisa burlona apareció.

—Ya se han asustado ¿contento? —le preguntó Melissa

Pero no, Pan no estaba contento, algo no iba bien. Desde que Madame Yuvenia y sus invitaciones habían entrado en sus vidas de hecho todo iba bastante regular.

En la terraza mientras tanto toda maldad desapareció.

—Mi madre ya no está conmigo tampoco —dijo Yuvenia

—¿Su marcha se siente, ¿verdad?

Epis se sentó a su lado, casi adormilado con el aroma que venía del jardín.

—Oh sí, como si algo que te hubiera sido arrebatado jamás pudiese ser tuyo —dijo ella

—Es la mejor manera de definirlo, Madame —dijo Epis

No, a él no le haría daño, confirmó, pérfida.

Cumpliría con el contrato, todo cuanto obtendría de su jardín se lo devolvería ampliando su terreno en tres veces más. Epis debería ser el menos perjudicado.

Pero los elfos y sus misterios eran algo distinto.

Capítulo 4: La traición

Por la mañana se levantaron y firmaron a regañadientes el contrato.

Incluso Plumón al volver lo firmó.

Pero tosía mucho, había pasado algo extraño.

—Pan —dijo —tengo mucha tos, es por el frío de la noche.

—¿Dónde estuviste?

Plumón no contestó, tomó las semillas de una hierba que se llama tántalo que tenía su hermano y se la bebió con el té de la mañana.

Después le dieron la mano a Yuvenia, menos Epis quien se la besó y misteriosamente cuando ella se la ofreció a Pan éste la rehusó clavando sus ojos en los de ella.

—Sé que ocultas algo, Yuvenia —le dijo antes de marcharse con toda seguridad

Los demás se subieron en la limusina que ella había puesto a su disposición. Pero los ojos grises de ella no se movieron, como dos fuentes de piedra de un reno élfico permanecieron ahí, inamovible, fuerza que le daban sus fármacos, seguro.

Como si su juventud no se marchara.

Sintió sin embargo Yuvenia como la fuerza de la magia élfica entraba en su mente, creyendo extraer lo más profundo de ella, pero se encontró frente a frente con la voluntad de piedra, con la falta de escrúpulos con la ida no de toda pena por parte de Yuvenia, sino de su sentido de lo que estaba bien. Leyó sus pensamientos primeros, que era reembolsar al señor Epis una cantidad de dinero inconmensurable a cambio de los pequeños cambios que haría en su propiedad. Y vio a Plumón sonriendo, asintiendo ante la perspectiva de ver aumentados sus bienes, sus tierras, de volver a casa gracias a darle a ella parte de sus flores mágicas.

De compartir recetas ancestrales, de querer algo mejor, y leyó miedo.

Yuvenia temía a algo, pero ¿a qué?

No podía ver más.

Pan no se había dado cuenta, pero había puesto su mano en el hombro de ella.

—¡Pan!

La voz de Melissa le atrajo, la mano de Yuvenia le empujó.

—Suficiente —dijo ella echándole hacia afuera.

Pan se dio la vuelta y Yuvenia cerró la puerta tras él.

Sus ojos violetas se calmaron. Pero muy dentro sabía que la tormenta no hacía más que estallar.

Cuando llegaron a la casa el espectáculo era dantesco.

El portón estaba abierto, y la tierra movida. Había flores por todas partes y grandes huellas.

—¡Luiti!¡Luiti!

Epis se tiró al suelo dando vueltas a su perro. En su corazón había un dolor tan grande que Melissa tuvo que tomarle por los hombros para que no se le rompiera el corazón.

Oh, sí. El corazón de los hombres, al igual que el de los elfos puede romperse del dolor.

—Luiti, Luiti… —el hombre movió al animal, quien no podía ni ponerse en piel.

—Alguien ha estado aquí —dijo Melissa —alguien que ha envenenado al perro y nos ha robado.

A su alrededor las flores estaban pisadas, removidas.

Pan y Plumón entraron dentro del invernadero, y vieron como las rosas de oro y plata ya no estaban.

—¡Las rosas! —gritó Plumón— ¡nos las han robado!

Luego miró el resto de las flores.

Pan cerró los ojos. Aquello no podía estar pasando.

¡Su preciosa propiedad había sido mancillada! Pero ¿quién se atrevería?

En la distancia un olor penetrante seguía allí mismo, era la maldad. El olor parecía dar vueltas en torno a Plumón, quien con las manos en la cabeza se lamentaba en voz baja de los desperfectos. Las naranjas de la alegría y las hiedras de luz estaban vigiladas por las mariposas, pero lucían desgarradas.

Alguien las había tocado.

Pan entonces se quedó mirando a su amigo.

Quien hubiera estado allí era alguien más famoso por su avaricia que por su perfume.

—¿Quién habrá sido? Si lo tuviera cerca le rompería la cara con mis propias manos —dijo Plumón.

Luego dio una fuerte patada a una maceta, y las mariposas blancas salieron despavoridas del invernadero.

Fuera, los llantos de Epis siguieron. El anciano había estirado la mano para traer más cerca las bolsas que Yuvenia le había dado.

—Podéis replantar —dijo él —pero yo ya nunca recuperaré a Luiti.

Melissa tocó al perro, pero era en vano.

Pan salió y los miró con tristeza, luego abrazó a Epis.

—No te preocupes, amigo. Pronto habrá otra mascota —dijo él —encontraremos al responsable.

—¿Sabes cómo puede ser el que ha hecho esto, Pan?

—¿Por qué Plumón?

Pan le miró con descaro, era obvio que estaba pensando algo terrible.

—Porque últimamente has intuido todo cuanto ha sucedido, Pan

—¿Has sido tú, Plumón?

—¿Cómo dices?

Melissa los miró sorprendida.

¡Era lo que faltaba!

Que se echaran la culpa mutuamente.

—¿Lo has sido?

Plumón se llevó una mano al pecho, sin poder decir nada. La voz no le salía.

—¿De veras me crees capaz? —en su frente aparecieron tres arrugas. En sus ojos lágrimas no, pero su corazón se rompió tanto como el de Epis.

—Pan ¿a qué viene eso? Es ridículo, no sabes lo que dices —Melissa tiró de la manga de este último, pero Pan levantó una mano — ¡no, escuchemos qué tiene que decir!

—No tengo nada qué decir. Espero que la Madre Naturaleza te lleve por los pies por decirme tal cosa. Es monstruoso.

—Tu quieres firmar el acuerdo con Madame Yuvenia, nosotros no queremos —dijo Pan —por eso te fuiste dos veces. Puedo olerla, devorándote.

—¿A quién? ¿A Yuvenia?

—No, a la avaricia.

—Yo jamás hubiera dejado a nadie poner un solo pie aquí —dijo Plumón —recuerda que cuando esos tres se colaron fuiste tú quien les trató con respeto, y el señor Epis quien les invitó a entrar.

—Pensé que eran buenos —susurró Epis

—Y a lo mejor lo son, señor Epis. No hagas caso a lo que estos dos están diciendo.

Ellos miraron a su alrededor. Pero para Pan no había duda, la influencia de Yuvenia, su olor estaba cerca, ella había estado allí presente bajo la forma de su hermano.

—Has sido tú, lo sé —dijo Pan —hueles a ella.

Plumón miró hacia abajo.

—Plumón —susurró Melissa

—¿Qué queréis que diga? ¿Cómo podéis pensar eso de mí?

—Te fuiste dos veces, anoche cuando tardaste en regresar antes de la cena, y después durante la noche….

—Podría decir donde estuve, pero desde luego en nuestra casa, aquí, no, rompiendo nuestros sueños y matando al perro del señor Epis ¿cómo podéis pensarlo siquiera? ¡No lo entiendo!

Plumón se agachó y tocó al perro. Frío como un trozo de hielo.

Una lluvia cálida comenzó a caer.

—Los elementos naturales se alinean para llorar —dijo Melissa —deberíamos de ponernos a buen recaudo tras enterrar a Luiti y reponer nuestro invernadero.

—¡Yo no pienso reponer nada! Sois unos bastardos —dijo Plumón —Podéis dudar de mí al igual que dudáis del trato que Madame Yuvenia nos ha conseguido —dijo él arrancándose el anillo.

—¡No, no hagas eso hermano!

Pero nada detuvo a Plumón. Se quitó el anillo y lo tiró bajo las patas del perro.

Plumón se agachó y puso una mano en su pecho. Lloró una lágrima de dolor por el perro al que hizo una señal de protección sobre su frente, y luego lo tiró bajo éste.

—No tenéis derecho de llamarme hermano —dijo él —no confiáis en mí.

—Esta tierra ha sido devorada por gusanos —dijo Melissa— ¿los trajiste tú?

Todo funcionaba mal en la mente de los dos elfos. Tal vez se lo tenían que haber preguntado dos veces.

—No me hago responsable de lo que estáis pensando, ni de lo que me acuséis, volveré a casa —dijo él entrando en la casa.

Tomó otra capa de plumas, una larga y de color rosada.

Al intentar marcharse tropezó con la puerta abierta.

—Hermano, piénsatelo, si lo has hecho tú aún tiene arreglo. Lo que las palabras no arreglan pueden arreglarlo los actos. Rompe ese contrato de Yuvenia, ayúdanos a darle sepultura al perro y ayúdanos a reconstruir nuestro jardín, el invernadero.

¡Pobre Plumón!

—Yo os quería, y aún os quiero —dijo él —pero también quería algo mejor para nosotros, para nuestro invernadero. Quería que nuestras flores nacieran en casa, que el señor Epis recuperara su jardín y que nuestro reino vegetal floreciera de nuevo. Solo me

marché por la noche para respirar aire fresco, y antes de la cena el doctor Conrad Maquiavelli me explicó qué necesitaban de nosotros, cómo lograba sus fórmulas mágicas y cómo nosotros lográbamos con nuestras flores reacciones parecidas sin máquinas ni microscopios. Fueron amables conmigo, pero mientras nos han robado y mentido tú me acusas de algo que no he hecho, de algo que jamás haría, Pan —dijo Plumón quitando la mano de su hermano de encima —nunca lo hubiera creído.

Plumón miró el jardín, todo parecía perdido. Los gusanos muertos y secos, marrones y blancos por todos sitios, eran como momias malditas.

El pasado, lo feliz que había sido allí, su única casa era ahora como una pesadilla.

¡Cuánto puede cambiar en un momento la vida!

Plumón besó en la frente al hombre que fue como su padre y se marchó sin decir más palabra.

Echó a andar por el mundo mientras sus amigos, rotos y llenos de dolor se preguntaban por qué.

—Ha sido esa mujer, Madame Yuvenia, ella devoró el corazón de Plumón con sus falsas propuestas.

—¿Estás seguro, Pan? Como te equivoques…

—No lo hago, Melissa. La sed de volver ha estado carcomiendo el interior de Plumón desde que decidimos dejar el bosque y venir aquí. Noto su ímpeto, su mezquindad, su ceguera.

—Pan ¿y si estás equivocado?

—Dios quiera, Melissa. Dios quiera.

Pero Pan nunca se equivocaba. Podía leer el corazón de cualquiera y también averiguar qué era lo que otros ocultaban, veía la maldad o la sutileza, el bien o la astucia, y veía a Yuvenia en Plumón.

Era como si esa mujer se escondiera tras las plumas de su amigo, como si él fuera su marioneta o ¿tal vez era tarde y todos lo eran?

—Así que era esto, lo que todos sentimos —dijo Epis

—Sí, y Plumón también lo sentiría —dijo Pan

Melissa no dijo algo, no se atrevía.

—¿Qué haremos con la propuesta de Yuvenia? Serena demandará en menos de 24 horas una respuesta.

—Decir que no, no hasta que sepamos por qué —Pan entró en la casa, pero Epis no logró tranquilizarse.

No muy lejos de allí Yuvenia se miraba en el espejo, triunfante.

—Seguro que ya han notado que las flores faltan, Conrad —dijo ella mirando al médico.

Yuvenia entonces se echó dentro del laboratorio con los brazos en cruz, dejándose descansar. Luego la camilla en la que estaba sumergió el cuerpo en una masa de crema cálida que el doctor Maquiavelli hizo surgir al introducir su cuerpo en una plataforma.

La crema estaba hecha con la semilla de la primera rosa dorada.

Los efectos de la flor en su divinidad recorrieron el cuerpo de Yuvenia, desde los dedos de los pies hasta las raíces de su pelo rubio teñido. Se metió a través de sus ojos, por cada poro, cada rescoldo de venda con que iban envueltos sus miembros.

Era de un color amarillenta, y olía demasiado fuerte. Su olor era floral, pero Yuvenia sintió como sus poros se empapaban, se llenaban y escupían su tacto que lejos de ser como era lo esperable según la suavidad de los pétalos de la rosa, eran ásperos y fuertes.

Varias espinas surgieron y se clavaron en sus piernas, causándoles heridas.

—Lo sé señora, pero espera, por favor

Bajo la crema, entonces surgió un agua fresca que limpió todo el cuerpo de Yuvenia a medida que éste fue surgiendo de la plataforma completamente limpio y perfumado. La sangre de sus heridas se cicatrizó, pues el robot automatizado secó sus piernas y aplicó la mercromina necesaria y el agua oxigenada, ambas de color invisible.

—¿Qué tal Madame?

—Excelente —dijo ella —este será el descubrimiento del siglo, Conrad —dijo acercándose al espejo de nuevo.

¡Como lucía su piel!

Más firme que nunca, más brillante. Aquello era más que una mera fórmula élfica, era como si su hada madrina la hubiera tocado con su varita.

Su piel brillaba, sus patas de gallo y su pequeña arruga habían desaparecido.

—Qué perfección —dijo el doctor extrayendo la crema de la bañera en una probeta —es tal y como él me dijo.

—Oh, gracias Conrad. ¿Él te lo dijo?

—Sí

—¿Quién, Pan?

—No, fue Plumón —dijo el doctor cuando ella le miró.

—Oh, los hombres siempre me sorprenderán, Conrad —dijo ella

Obviamente no hablaban de lo mismo.

Yuvenia pensaba que se refería a ella, pero el doctor Maquiavelli quería decir la fórmula. Era increíble al grado de vanidad al que Yuvenia llegaba.

No solo ahora, pensando que era la más bella.

Si no también al proponerse ella misma como conejillo de indias, para ver qué grado de incidencia provocaría una crema hecha con los pétalos y las raíces mismas de aquella flor, incluso con sus semillas.

¡Podía haber terminado convertida en un monstruo!

¿Y entonces qué hubiera pasado?

Fuera, Serena esperaba el dictamen.

Yuvenia abrió las puertas tras ponerse el albornoz. Era como una criatura de laboratorio, una especie de robot en vez de algo real.

—Ya puedes entrar, Serena, y a trabajar. Tenéis que dar lo mejor de vosotros mismos, chicos —dijo Madame —debéis de encontrar una forma de hacer que todos y cada uno de nuestros productos lleven este resplandor al ser aplicados al añadirles de nuevo los componentes de estas rosas y cómo plantarlas, queridos. No olvides el montaje, se lo mandaremos a nuestros amigos muy pronto.

—Está aquí, Madame —dijo Serena adelantándose

La chica se colocó las gafas.

Sabía que iba por el buen camino, que llegaría alto.

¡Había sido tan valiente al montar las imágenes!

Tanto ella como Cosme y Louis. Los tres habían pasado mucho tiempo para lograr el acabado tan perfecto. Habían quitado la figura de Madame Yuvenia envenenando el jardín de Epis con los gusanos y había superpuesto la de Plumón, quien había estado en el jardín de Yuvenia, en los laboratorios mientras el doctor Maquiavelli le enseñaba todas sus plantas. Cada gesto, cada paso había sido contado por descontado por Yuvenia.

Tres a la izquierda, cuatro a la derecha.

Los pasos que ella había dado en casa de Epis era ahora los que Plumón dio en sus laboratorios, pues habían colocado los arbustos, plantas y muebles aposta para lograr un especio tal que el del invernadero de los elfos. Ahora ante los ojos de los otros elfos y de Epis él, Plumón sería el culpable.

Que poco sabía Yuvenia que lo que tramaba llegaría más lejos de lo que ella había previsto. En ese momento hubiera encontrado alborozo, pero no después.

Algún día esta idea le parecería terrible.

Pero por alguna razón Serena no cambió. El poder endureció sus escrúpulos, y sus dos compañeros incapaces de ser más que dos autómatas se dejaron llevar por sus ganas de servir fielmente a Yuvenia.

—Doctor Maquiavelli, dale un tratamiento a nuestra amiga —

dijo Madame.

Tomó la cinta en sus manos.

—Ni mi madre me habló nunca como usted lo hizo, Madame —dijo la chica

Yuvenia sonrió, y pensó en sí misma cuando tenía su edad.

Lástima que ella sí que era hermosa y tenía talento, mientras que Serena era alguien tan fácil de engañar.

—Pase lo que pase siempre me tendrás —dijo Yuvenia apretando su brazo.

Dena la esperaba en la entrada. Estaba echada boca abajo como si el aburrimiento hubiera acabado con ella.

—Dena ¿por qué tienes la boca tan llena?

—¡Mi conejito!

Yuvenia miró a Serena, quien en ese momento fue puesta realmente a prueba.

Después de un momento, Yuvenia bajó tacones abajo, y Serena recibió un tratamiento que devolvió a su piel un brillo que nunca había poseído.

No era real, como casi todo en ella.

—¿Cómo estoy? —preguntó una vendada Serena al terminar su tratamiento

—Ah…

El doctor suspiró.

No era lo que ella esperaba, pero cuando volvió a mirarse al espejo notó que verdaderamente que aquello funcionaba.

Su piel brillaba al menos.

Serena se sintió querida y especial.

Aunque solo fuera por un momento.

Tan solo uno.

Capítulo 5: El castigo

Plumón se marchó lejos, pero envió una carta al Doctor Maquiavelli.

Ahí le decía el lugar donde estaba.

Por su parte Yuvenia encontró pronto la manera de hacer que todos sus productos a través de la mano experta del doctor Maquiavelli brillasen y trajesen a los compradores toda la belleza que buscasen o los efectos paliativos de los dolores, gracias a la fuerza de los pétalos de las rosas.

Pero lo que el doctor no conseguía era hacer durar el producto, que las semillas en su entorno florecieran.

Fue en ese momento cuando Yuvenia lo supo.

Tenían que actuar finalmente. Y así fue.

La cinta fue enviada a casa del señor Epis. Ella misma lo hizo en persona.

El timbre sonó cuando menos ellos esperaban.

Habían pasado ya distintas semanas.

—Buenos días, Madame —la saludó Epis con elegancia

Yuvenia entró rápidamente en la casa. Tenía un largo abrigo gris, tanto como sus ojos. Se sentó en la silla que Pan le ofreció mientras Melissa le preparaba una taza de té.

—¿Té, Madame Yuvenia?

—Sí, té —dijo ella observando como la tetera blanca humeaba el calor del agua hirviente. Numerosas ondulaciones se extendían sobre ellas.

—Es casi mágico ¿no es cierto? Y ninguna de vuestras plantas o las mías ha hecho posible este té.

—Así es lo compramos en una herboristería especializada —concluyó el señor Epis.

Sus ojos revelaban una profunda tristeza.

—Me temo que vengo a traeros malas noticias —dijo Yuvenia —tengo en mi poder algo que quizá podrá hacerles daño. Dado que todavía no he recibido su contrato firmado no he podido protegerles.

—Lo sabemos, Madame —dijo Epis

Ese día se había puesto la mejor corbata, lo último que le había comprado su esposa.

—¿Dónde está Plumón?

—No lo sabemos —dijo Pan sentándose a su lado. Hoy su anillo lucía más brillante que nunca, y sus ojos casi verdes. Como el color de las habas.

—Tiene usted el color de su jardín en sus ojos, Pan —dijo Yuvenia llevándose a la boca el té.

Sabía a hierbabuena. Todos los litigios que tuvieran siempre serían por las hierbas y las plantas. Pan reflejó por un instante una pequeña brecha en Yuvenia, había algo que la carcomía, pero ¿qué? Era un miedo irracional. Olía a toda clase de elixires, a vino fresco de uvas, a lavanda mezclada con almizcle y nardos, a esperanzas muertas, pero ilusiones renovadas. No parecía ella, parecía revestida de esa armadura de convicción, de santidad. Todo en ella era pura actuación. Y ellos la creerían, como siempre hacían todos, todos excepto él.

Serena esperaba afuera con el hombre de seguridad. Yuvenia tenía uno nuevo, llamado Tino.

Tino era nuevo y por tanto le sería más tiempo fiel, venían tiempos muy difíciles y de mucho litigio para la empresa.

—¿Os importa que Tino permanezca cerca de mí?

—No les importunaré, señores —dijo el gran hombre de seguridad.

Serena se sentó en el banco. A su lado, Dena comía algo así como una especie de papilla que Serena le había dado. Yuvenia fue a acariciar a su mascota, quien abrió la boca pidiendo más, pero Yuvenia se negó.

—¿No quieres pasar Serena? —le preguntó Melissa desde dentro poniendo la mesa.

Pero Serena se negó con la cabeza antes de cerrar la puerta.

—Veo que Serena ha cambiado.

Los ojos de Melissa no parecían muy convencidos de toda aquella situación.

—Se ha visto salpicada por algo que hemos descubierto, lo que vengo a deciros que la atañe de manera personal.

—Es sobre Plumón ¿verdad?

Pan se puso en pie tocándose el mentón.

Yuvenia sabía que Pan podía ver más allá, lo que otros no ven.

Pero ella era la conocedora de las debilidades de los hombres.

La fragmentación, esa había sido siempre la clave.

—Verdad —dijo ella— ¿realmente no tenéis la más mínima noción de donde está?

—No —dijo Epis —su partida ha sido una sorpresa y un dolor

para todos.

—Plumón está en las Tierras Altas, en las inmediaciones de Mildred Oscura —dijo Yuvenia —es por eso que Serena se muestra tan triste, no comprende por qué ha hecho lo que ha hecho. Era su amigo.

Pan entonces comenzó a mirar a Yuvenia.

Ella le puso una mano en el pecho.

—No lo hagas, no comiences a escarbar en mi interior, ya que traigo pruebas —dijo ella poniendo una cinta sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Creo que ya es hora de que nos quitemos las máscaras. A vosotros os han robado ciertas flores del invernadero —dijo ella. Pero al ver que el señor Epis iba a replicar sobre su bastón continuó —sé que no solo eso, sino que impunemente el culpable sentenció a muerte a cada flor, a cada planta, dejando que un gusano insaciable devorara todo cuanto habíais plantado y trabajado para que creciera. Verduras, calabazas, tubérculos, flores. Tanto de Epis como de vosotros, mis queridos elfos. Pues bien, cuando accedáis a esa cinta veréis quien lo ha hecho y por qué.

Pan sentía como si un gran dolor se le clavara en su corazón. Sabía que había algo más profundo, más eterno.

—Hay algo más —dijo él

—Así es —dijo Madame Yuvenia despojándose de su abrigo —yo tengo las flores que faltan.

—¿Qué?

—Plumón me las trajo a mí y firmamos un contrato verbal. Él me diría como plantarlas, e la atmósfera ideal y como hacerlas germinar, pero se marchó y no ha podido completar nuestro contrato. Ni he podido hacerlo con vosotros. Mi empresa os necesita, necesito vuestros conocimientos y vuestra ayuda ahora. Esta oferta no tendrá más propuestas.

—¿Acaso quieres que cuando veamos esta cinta firmemos cualquier contrato contigo?

—Plumón nos ha traicionado, Pan —Melissa fue quien trajo primero el sentimiento élfico de posesión —quería crear un reino propio de los elfos por su cuenta, por eso acudió a ella.

—Sí, y nunca podré perdonárselo. El envenenó al perro, traicionó al señor Epis cuando su esposa había confiado en nosotros y rompió todo lazo con ella, ensuciando incluso su último recuerdo, pero firmar un contrato contigo, la causa de todos estos males jamás sucederá —los ojos verdes del elfo se clavaron en el rostro de Yuvenia.

—Serena —dijo Yuvenia picando brevemente en la puerta —que venga el doctor.

Así fue, en medio minuto el Doctor Maquiavelli estaba en la casa.

—Doctor Maquiavelli…

Epis se puso de pie dándole la mano.

—Buenos días, señores. La señora Yuvenia me ha hecho venir para mostrarles algo —dijo él

En ese momento tomó el maletín y lo posó sobre la mesa.

Allí estaba una de las rosas de oro y plata, de la que extrajo un pétalo y lo posó en el agua hirviendo, luego depositó en ella un líquido blanco.

—Es la loción de Belleza del Jardín para que las arrugas desaparezcan plus ultra que comerciaremos este verano.

En un momento el agua hirvió y miles de virutas de colores al entrar en contacto con el agua salieron al descubierto. Eran verdes, eran azules, para luego iluminar la casa.

¡Tal era la luz de la rosa en la crema que hacía que la casa y su luz natural pareciera oscuridad!

Por la chimenea las chispas se filtraron, y el olor era absolutamente embriagador.

Pan cerró los ojos. En ese olor podía haber cabido mil reinos de elfos.

Ese olor era el arma de destrucción masivo de Madame Yuvenia, la indestructible villana que luchaba con falsas promesas contra la vejez, contra la fealdad y el paso del tiempo en una batalla que perdería.

—Harás de esta fragancia un perfume —dijo Pan —harás más productos y tu fortuna crecerá.

—No tendrá límite —dijo ella —Mildred Oscura algún día solo será recordada por esto. Pero vosotros podéis colaborar. Sed mis socios, y no presentaré cargos contra Plumón.

—¿Qué? —Pan se adelantó, pero era tan preso del aroma que apenas podía contradecir a Yuvenia.

Comprendió entonces la trampa. Los había hipnotizado, los había ganado.

Los ojos de pronto de los dos elfos se iluminaron.

—Poned la cinta —dijo Yuvenia

Serena entonces accedió al DVD del señor Epis que con los ojos cerrados soñaba.

Soñaba que paseaba con su esposa por un prado sin fin, que por fin había encontrado la casa que tanto añoraba.

En la grabación Plumón aparecía en casa de Epis. Echando los gusanos en tierra, luego cogiendo del invernadero las rosas.

El dolor de cómo envenenó al inofensivo y leal Luiti.

—¡Qué dolor Dios Mío! Mi casa, mi perro

Epis no podía sino sentir el peso de una traición de aquel amigo al que su esposa había ayudado e incluso enaltecido más que a los otros elfos, pues por su talante refunfuñón ella siempre había querido ganarse el corazón de Plumón y su aprobación más que la de los otros.

Plumón les había traicionado.

—Entró en una propiedad ajena y mató a un animal a sangre fría, la sociedad protectora tendrá algo que decir —dijo Yuvenia —además Plumón nos trajo las flores y tengo testigos que hizo un contrato verbal conmigo que no ha cumplido por su marcha. Mis espías le han interceptado en las Tierras Altas.

—Pero Yuvenia, yo pensaba que…

Epis la miró, sin poder creerlo.

En su cabeza había una batalla, una especie de conciliación para tratar de comprender quién era aquella mujer y qué quería.

—Firmaremos el contrato, Yuvenia —dijo Pan de pronto.

Melissa lloraba. No podía parar de ver a su hermano, a su querido amigo Plumón dando muerte a un animal. Los animales, la fauna, todos los elfos los llevaban dentro.

¿Cómo era aquello posible?

—Oh, oh…

Melissa se retiró a su habitación.

—Querida no llores, a veces la vida nos regala sorpresas envenenadas, pero yo también he sufrido y muchos me han fallado —Yuvenia se sentó en la cama de la chica, quien abrazada a ella lloró como solo una elfa hacía. Con una sola lágrima.

La lágrima del Sufrimiento.

Dicen que se echa una vez en la vida. Y que es por amor.

—Tú. —dijo Yuvenia tomando el rostro de la elfa por el mentón —tú le amas ¿no es cierto?

—Así es —dijo Melissa —pero él nunca lo ha sabido. He amado y admirado a Plumón desde el mismo instante en que le vi cuando era una niña.

—Yo creía que era a Pan a quien le dedicabas más atención, pequeña —dijo Yuvenia

—No, Pan es como nuestro padre, es el mayor y el más sabio, pero mi corazón escogió a Plumón desde la primera vez.

—Bien, entonces lo solucionaremos —dijo ella —no cuento con

un elixir que cuide del mal de amores ni que lo cure, pero podemos llegar a un acuerdo. Ven conmigo, y recuerda, todo es recuperable.

Cuando ambas salieron a la cocina Serena se acercó al señor Epis.

—Señor Epis por favor perdóneme, mire, le traigo el conejo de Louis. El insistió en dárselo en compensación.

Epis tomó al suave conejo entre sus brazos. Era cálido como un bebé.

El anciano le meció, y puso su rostro sobre las suaves orejitas del animal, buscando un consuelo que no llegaba.

—Quédatelo —dijo Serena

Pero era extraño, su voz no sonaba tan dulce como la primera vez que habían asaltado su casa.

Y sus amigos no habían venido, tal parecía que Plumón había sumergido toda aquella casa en un mar de sufrimiento.

—Está bien —dijo Madame Yuvenia tomando su abrigo.

—¿Si firmamos no presentarás cargos contra Plumón? —Pan desde atrás la observaba más vívidamente.

—Haré lo que me pidáis —dijo la araña ahora que todos estaban liados en su tela —tanto si firmáis el contrato como si no lo hacéis.

—Por favor hazlo, tiene que pagar por haberle roto el corazón a un hombre —dijo Melissa —en nuestro nombre.

—Muy bien

Melissa, Epis y Pan tomaron la pluma que Serena les dio y firmaron el contrato que les vinculaba a Belleza del Jardín.

—Ya está hecho —dijo Pan —empezaremos a trabajar para ti cuando quieras

—Mañana quiero veros en mi oficina, chicos. Serena os dirá lo que tenéis que hacer, y por supuesto enviaré a mis jardineros para que restauren este lugar.

Yuvenia besó a Epis.

—En estos momentos es a la vida que Dios nos dio donde debemos aferrarnos —dijo ella

Yuvenia les dio la mano y se fue entonces.

—Adiós amigos, Cosme y Louis os verán mañana. Están deseando de trabajar con vosotros.

Luego que se hubieran marchado Epis sonrió aliviado.

—Esa mujer es la única que ha conseguido darme aliento en todo este tiempo —dijo mostrando a su conejo.

Pan lo supo entonces. El componente de esa crema, las rosas plateadas y doradas producían tal sensación de sosiego, de atracción hacia el más bello físicamente.

Pero ¿y si estaba ciego, y si Plumón había sido el verdadero causante de todo?

En su corazón bullía la desconfianza hacia Yuvenia, pero también la nube de la duda se cernió.

—¿Cómo habrá podido Plumón hacernos esto?

—El castigo es lo único que queda para él —dijo Epis —el amigo querido de mi mujer.

—Y mi amor —dijo Melissa

Pan la miró.

—Melissa él podría cambiar —dijo

—Lo sé, Madame Yuvenia me lo ha dicho, pero yo le asegurado que antes necesita corrección. Debe de ser castigado, compréndelo Pan. Yo quien más le amo lo puedo ver. Por otro lado, gracias a Madame Yuvenia podremos volver a casa.

Y así sucedieron las cosas.

Plumón se había ido a las Tierras Bajas, no a las Altas, pero los espías de Yuvenia le encontraron. Cada atardecer bajaba a la ciudad a buscar consuelo entre los museos a medio cerrar.

Si algo apasionaba a un elfo como Plumón más que la vida floral era el animal ya extinguida. Pasó los días de soledad y dolor mirando los grandes esqueletos de dinosaurios que habían poblado la tierra mucho antes que su raza naciera de entre las flores.

Se hizo amigo de la chica que vendía tabaco en la calle, y la noche pasó a formar parte de su rutina. Escondido por el día, despierto por las noches.

Daba como un lobo solitario vueltas por el parque y por el monte que daba a la playa recogía flores, y mezclando semillas con las palabras mágicas hacía brotar de la tierra otras, de extraños colores, de precioso colorido. Sin duda el sabio de los tres elfos era Pan, pero él, Plumón tenía el don de la mezcla, el de la innovación y lograba que los elementos de la fauna le obedecieran como no ocurría desde la época de Morgana Le Fay, al esposa y hermana del rey Arturo, perdida en Avalon con él.

Pocos conocían la verdadera historia. Pero para los elfos el libro de Morgana Le Fay, escrito según la tradición élfica en Avalon por el mismo Arturo al dictado de ella, era todo cuanto podían optar a transmitir los elfos. Y si bien el libro era un mito, y ya nadie ni se planteaba su existencia, era cierto que los elfos se lo habían transmitido oralmente, todas y cada una de las recetas de flores, de su cultivo, de la magia y los hechizos que podían resultar de ellas, de la clase de tierra.

Y era que por un azar del destino el mismo Morded, hijo de

Arturo y Morgana había depositado en manos de uno de los antepasados de Plumón tal joya inaudita, inverosímil que nadie juzgaba real. Por eso había querido hacer Plumón el trato con la empresa de Yuvenia, solo alguien como ella podría haberles entregado las infraestructuras necesarias, que ahora ya no tenía.

Jamás le había revelado nada a sus hermanos elfos porque el secreto debía de pasar de padres a hijos indiscutiblemente y contárselo a otros, incluso aunque no fuesen humanos y sí elfos sería considerado una traición a la hermandad. Hasta que Plumón no tuviera un hijo jamás revelaría su tesoro.

Así lo tuvo enterrado en su gran cofre dorado durante años, la madera mágica ya roída por el tiempo a quien no parece haber magia que le valga.

Siempre de los labios de Plumón a Pan aparecían nuevos consejos que Pan juzgaba estupideces, pero que luego se demostraban ser correctos, brillantes. Ese excesivo celo que el libro de su familia le daba a Plumón era lo que hacía que el elfo se constituyera en prepotente y dudase de que otros tramasen amistad con ellos.

Solo Epis y su esposa lo habían demostrado.

Pero Plumón era desconfiado por ello, por miedo a que alguien invadiese con buenas palabras su confianza descubriera su libro y les arrebatase todo. Pero ahora Yuvenia pretendía sacar beneficio no solo para su empresa y llevarlo a otros para que mejorasen las condiciones de su salud estética, mental y física, sino también les había ofrecido a los elfos la oportunidad de trabajar en sus entornos naturales, en los reinos invisibles.

Si Pan hubiera aceptado ahora serían libres por fin.

Estarían en casa, podían haber vuelto. Y él le habría pedido a Melissa aquello que más anhelaba, el matrimonio. Pero ahora todo estaba muerto.

Sus tradiciones morirían con él después de mucho tiempo, el libro jamás sería compartido ni sus elixires, consejos, recetas, consejos para los cultivos y las flores, para la elaboración de ungüentos sanadores o colonias. Porque sus amigos le habían traicionado, porque le habían mostrado lo que de verdad pensaban de él, que era débil, que era miserable, que sería capaz de matar el perro que tanto había amado su benefactor Epis por una pataleta infantil, por un capricho.

¡Pero qué sabrían ellos de su legado! —pensaba Plumón sentado en el parque y fumando su pipa, vestido de extraña manera.

Sus ojos verdes oscuros brillaban y tornaba de color a cada hora,

haciendo que los o transeúntes corrieran al ver a la fantasmagórica forma en los bancos de la ciudad.

Plumón jamás había sido justo juzgando a la gente, pero tampoco le interesaba. Su corazón amargado descasaba en el refugio de madera que se había construido en el bosque. Vivía así entre la ciudad y el bosque.

Entre lo viejo y lo nuevo.

Mientras sus flores élficas brillaban tanto que así fue como los radares de Yuvenia le capturaron.

Vinieron por él con la cobardía que les caracterizaba, por la noche.

Se vieron luces, y se oyeron gritos. Plumón descansaba en su pequeña cabaña.

—¡Está aquí, Serena, ¡Cosme!

Louis vestido de negro apareció ante él.

—¡Louis! ¿Qué pasa?

Plumón no lograba entenderlo.

Pero antes de que pudiera decir nada fue sedado, y con él todos sus sueños. Fue introducido en el avión, con la policía a sus pies, y cuando despertó ya estaba recibiendo su castigo en una prisión lóbrega de la cárcel más gris de aquella oscura ciudad.

Plumón comprendió entonces cómo solo se comprendería la oscuridad de la ciudad de Mildred Oscura estando en la cárcel, lejos de sus flores, de tanto como conocía.

Esa primera noche no durmió bien, pero la siguiente sí.

El corazón de Plumón estaba tan enterrado como sus ilusiones.

Tanto daba vivir que morir.

Capítulo 6: La profecía élfica

Había algo en el aire.

Las nuevas instalaciones en que nuestros amigos los elfos comenzaron a trabajar eran absolutamente impresionantes, llenas de luz y de una vida que parecía refulgir.

Grandes bóvedas de cristal cubrieron la mayor parte del bosque, donde Pan detectó una atmósfera más parecida a la del jardín del señor Epis, quien se quedó entretenido con Madame Yuvenia plantando las dos nuevas flores, mezcla semillas de los elfos y mezcla de su propio jardín. Ambos improvisaban nuevas formas.

Pan en contacto directo con el Doctor Maquiavelli, quien ahora ostentaba un gran bigote oteaban las cualidades del aire al incidir en las mismas flores que poseían ya en el invernadero de Epis los elfos. Pan entonces les recomendó someter a la temperatura ambiente las flores un tiempo, pero tras revertir las temperaturas, poniendo otras más altas se convirtió por fin la atmósfera en atemporal. Pero no fue hasta que las Calas de Marzo de Melissa penetraron mezclándose con las semillas del Estaño de Cuarzo.

—Nombres extraños para plantas élficas

Eso les solía decir el Doctor Maquiavelli.

Frente a él los demás científicos custodiados por grandes bóvedas de cristal que Madame Yuvenia había ordenado construir mostraban a los elfos las pantallas de los ordenadores. Las coordenadas que mostraban el aire, la presencia de las flores que irradiaban extraños influjos que Pan moderaba con palabras extrañas extraídas precisamente de todo cuanto Plumón le había enseñado y otras heredadas de su propia sabiduría y así probando se fueron haciendo con las fórmulas perfectas.

Así comenzaron a pasar los meses. Pero algo dentro de Pan fluía de manera extraña. La desconfianza que mostraba hacia Yuvenia a pesar de la segunda fiesta que les otorgó en su honor creció más y más. Por eso cuando llegó el momento de preparar la que sería la crema perfecta para sacar al mercado, la primera inversión protagonizada por su asociación con ella hubo algo en lo que Pan no dijo nada.

La hierba de Santa María que a todos tiñe de verde.

La hierba más sagrada del invernadero de los elfos, dada por el

cielo según la tradición. Entregada por la Virgen a la niña elfa que se llamó como Melissa, nombre de otra hermana verde muy querida por el hombre y por los elfos.

Nadie podía presagiar nada.

Y todo sucedió como siempre suceden las historias. Por el destino.

En la noche de la fiesta que Yuvenia celebró en honor a sus socios y los presentó a la sociedad Pan fue su invitado de honor, por ser el socio principal en firmar el contrato y el que más trabajaría con el Doctor Maquiavelli, al que Pan había visto como un simple doctor lleno de la avaricia que parecía atenazar a Serena, dividida entre su fidelidad a Yuvenia y su amistad con Epis.

Y es que la joven sentía un profundo afecto por el anciano, pero jamás podía estar con él, porque ya estaba Yuvenia.

Y es que estribaba en cada intento por complacer a su dueña una comparación odiosa que la misma Serena inconscientemente hacía nacer. Y a pesar de ser más joven, más trabajadora, jamás podría haber competido con Yuvenia, ni, aunque la mujer tuviera su edad. Jamás hubiera tenido, ya no su dinero, ni su belleza obtenida a golpe de bisturí y elixires mágicos. Sino su carisma, su figura siempre amenazante, a la par que atractiva y carismática. Jamás refulgiría frente a su patrona.

Y ahora le quitaba la atención del único hombre que había sido una especie de padre para ella desde el primer momento.

¿También eso?

Serena sin embargo fue quien los llevó a las empresas de Belleza del Jardín, sí, aquellas que llenaban de color la oscura ciudad y la llenaba de olores dulces, llenando los ladrillos ennegrecidos y naranjas de destellos rosas que olían a jazmín y a narciso apagado.

Los pétalos coronaron el suelo de las fábricas de Yuvenia cuando Serena llevó a Melissa y a Pan allí.

¡Qué fuente de belleza automática!

Grandes engranajes mezclados con pétalos que caían de unos sobre otros en plataformas, pequeñas manos de mujeres agujereando láminas sobre las que las flores se habían superpuesto, las flores en fila, todo cayendo, uno detrás de otro, los botes de cristal verde de champú, los grandes en la sección de cristal, que eran como un gran churro de plata sin fin sobre el que caían palancas misteriosas de destellos colosales de joyas muertas, pero resplandecientes que coronaban y trazaban diversas figuras sobre éstos.

Los elfos volcaron la magia del brillo con las rosas de plata y

oro, y enseñaron a Maquiavelli a cómo hacer que germinaran en aquella tierra. Debía de ser una tierra húmeda, llena de almendras, llena de pieles de naranjas, con joyas y libélulas, mariposas y hermosos insectos extraños que ellos llamaban.

Así ellos penetraron en los reinos perdidos por primera vez, y visitaron las ruinas de sus palacios, ya lejos, sin Serena, y tomaron los caminos de los elfos, pero jamás olvidaron a Plumón.

Por eso ante el silencio de éste, la sumisión que la sentencia de dos años cayó sobre él, el corazón de Pan se encendió de dolor. Había algo que no encajaba.

Plumón en cambio se consumía, no importándole la involuntaria traición que Yuvenia le había hecho. Haciéndole quedar como el villano que acabó con la flora y la fauna que había dado vida en casa del señor Epis.

Hasta sus oídos había llegado el lenguaje de las libélulas de cristal, las únicas fieles a él.

Le decían que la cruel y bella Yuvenia hacía felices a sus amigos, y el precio había sido su caída. Alguien debía de ser sentenciado.

Pero al haberles dado Yuvenia el acceso a los reinos de los elfos que se abrían al plantar más y más flores mezclados genéticamente que vislumbraban la luz hacia lo desconocido en su magia, Plumón había comprendido que el sacrificio había sido necesario y hasta útil.

Sus amigos eran felices, él también lo sería.

En aquella prisión larga, oscura y triste, casi de otra época donde Yuvenia pagó para que le encerraran. A él, quien más había abogado por su solicitud, hasta el punto de ponerse de parte de sus hermanos, doblado ante la belleza de la mujer y sus propuestas.

Porque era hermosa….hermosa como un amanecer, y también la mayor villana que el mundo había conocido en la ciudad de Mildred Oscura y entre los elfos, por lo retorcido de su plan, por lo oculto y lo falso de su proceder, pero ser más inteligente que ninguno de los elfos, pero tenía Yuvenia un gran defecto: el miedo al envejecer, cuando ya no estaba muy lejos de ella esa edad en que todo comenzaría a declinar, en esa frontera peligrosa que la alejaba de ser una jovencita.

Aún estaba en su apogeo, pero el tiempo no esperaría por ella. Solo el libro de Morgana Le Fay podría librarla de ese destino, al menos de envejecer con tanta premura, o al menos eso creería ella si él se lo contaba. Pero todo a su tiempo.

Nuestra atención no está en la celda gris de Plumón, sino en las dudas de Pan.

En aquella brillante tarde en que tuvo acceso a la documentación de la hermosa Yuvenia, embutida en un traje rojo tan largo que podía haber dado la vuelta a las escaleras cuando se encontró con ella en la fábrica.

—Madame —dijo él

—Oh, Pan, llámame Yuvenia —dijo ella

—Yuvenia he tenido una idea para el champú que vas a mandar salir, es una fórmula que permite su suavidad extrema, un solo lavado y el pelo lucirá sedoso durante más de tres días, y libre de caspa o grasa.

—¿Qué le aplicarás?

—El doctor te lo dirá más tarde —había dicho él

—Vaya, muchas gracias, Pan. ¿Sois felices aquí en la empresa?

—Oh sí, Madame —las palabras de Yuvenia habían soñado verdaderas, como nunca lo habían hecho. Era una pena que todo fuera a pasar como lo haría, pero no había más opción.

—¿Estáis felices en vuestros reinos?

—Oh sí, cuando nos jubilemos volveremos a ellos —dijo Pan

—Un reino es como el hogar, para vosotros debe ser como cuando cada noche me sirvo una copa de champagne y miro por la ventana, recordando cuando fue la última vez que alguien me visitó, un amigo —dijo ella —o un familiar.

—Pero Yuvenia…

—Oh sí, apenas tengo amigos. Sería una falsedad por mi parte decir que el dinero me los entrega como rosquillas. No lo hace.

Esas palabras…no lo eran de una villana sin escrúpulos. Yuvenia continuaba siendo un enigma para Pan, el más sabio, quien mejor conocía todo cuanto pasaría, y ya mascaba la tragedia, pero no era una villana al uso. Era alguien atrapada en algo, pero que arrasaría con todo.

—Oh…

Yuvenia resbaló ante las primeras escaleras por la cola de su vestido tratando de seguir su camino, pero Pan la tomó de las manos.

Las manos de él eran frías, como las de cualquier elfo desconfiado, las de ella cálidas como si no fuera mala persona.

Sus ojos grises grandes y abiertos por la sorpresa miraron su pelo, largo y ondulado en este día como si fuera nunca a despeinarse.

Por un momento uno sintió la respiración del otro, tan cerca estuvieron esos rostros.

El olor que surgió desde arriba, de los laboratorios, se filtró

entre el que ella desprendía. Pan entonces acercó su rostro al de Yuvenia, incapaz de desligarse de la maldad extraña, de la energía viva y dura que emanaba bajo su mirada impertinente, perdido en el lujo atrayente de su figura, estilizada y perfecta, artificial y falsa y besó aquella boca de mujer.

La besó como si los labios de ella, inertes y dulces fueran a marcharse.

Fue un beso suave, pero desesperado.

Al apartar su rostro del de ella comprendió que la destrucción sería total. Ruina para uno y victoria y gloria para el otro. Eso prometió la sonrisa malévola de la mujer que era ahora su jefa.

—Jamás vuelvas a hacerlo, Pan.

Luego siguió caminando, dejando al elfo confundido, enfadado consigo mismo, echando de menos el peso de su cuerpo contra su pecho. ¿Qué le estaba pasando?

Sin duda el poder de los elixires que llevaba, del tratamiento rejuvenecedor que el doctor Maquiavelli había explotado hasta límites insospechados para ellos, usando la magia élfica de las plantas junto a su propia experiencia en el laboratorio estaba logrando milagros.

Él, Pan, quien más había dudado de ella. Sintió ganas de morirse, su anillo brillaba al igual que sus ojos, se vio reflejado en los cristales que rodeaban la escalera principal. Todos los laboratorios eran como una hermosa prisión.

¡Y pensar que ahora podían huir, pero siempre rodeados de esa burbuja hecha de un cristal extraño que en el aire parecía disolverse!

Pero miró al suelo, su bolso estaba allí.

Fue entonces al abrir su cartera de piel cuando se reveló lo que jamás hubiera podido creer. Su fecha de nacimiento.

Un Halloween, un 31 de octubre maldito, cuando la luna de sangre.

Ella era el ser de oscuridad anunciado a los elfos durante tanto tiempo.

Bajó a decírselo a Melissa, quien comprendió poco a poco lo que Yuvenia había estado planeando.

—Nos ha usado desde el principio si este ser es ella —dijo Melissa —pero no puedo creerlo.

—¿Será tal vez una coincidencia? —Pan dudaba de todo, la vida le había demostrado que de todo debía hacerlo si quería mantener la sabiduría real, de la vida cotidiana de lo que está bien y lo que está mal.

—Las coincidencias entre nuestra gente son tomadas como pruebas del destino, Pan —dijo Melissa —la oscuridad que vendrá a derrotar nuestra fe, a nuestro pueblo y legado es alguien que habrá nacido en el día de los muertos.

—Pero es imposible….

—Deberíamos de ir a hablar con nuestro hermano —dijo Melissa —él no tiene que explicar por qué hizo lo que hizo.

—Sí, es el único capaz de darnos respuestas —dijo Pan —pero antes debemos de hacer algo. Tenemos que usar la poción de la hierba de Santa María.

—¿Te refieres a la hierba verde, Pan? Pero arruinará todo el producto —dijo Melissa negando con la cabeza.

—Precisamente, sabes que tiene la propiedad de decolorar la piel —dijo él —añadiremos a las semillas de rosas un tinte azul, al ir reforzado por el hechizo de la hierba de Santa María se reforzará.

—Cuidado, Cosme viene siempre hacia esta hora, mírale.

Y era cierto, Cosme les observaba desde el pasillo central.

Luego bajó las escaleras. El pequeño conejo que aún conservaba le seguía, pero se quedó curioso en la puerta de arriba.

—Cosme, necesito visitar el invernadero principal —dijo Pan

—Allí está el doctor Maquiavelli —dijo Cosme —ve si quieres. ¿Cómo va la fórmula de la Juventud Adelantada?

—Mejor pregúntamelo a mí —dijo Melissa mostrándole muestras de un líquido que olía a naranjas.

Pan entonces dejó los laboratorios y se dirigió al invernadero principal de Yuvenia, allí encontraría al doctor, aquel terrible hombre de ojos fríos y de bata blanca que prometía una cosa colosal y creaba otra aún mayor.

El elfo se aproximó suavemente.

Sus pasos eran como si los hubiera dado por el aire.

Cuando llegó a las grandes puertas azules que daban paso al ascensor por el cual se accedía al invernadero de abajo, construido precisamente para controlar las entradas y salidas de personal, utilizó la tarjeta plateada para garantizar su paso.

Pan tocó los cristales azules del ascensor, mientras éste bajaba, observando con tristeza toda Mildred Oscura. La verdad era que era como una bendición trabajar apartados de toda la polución y el pesimismo de la ciudad principal, atrapados entre las mentiras, los colores de los experimentos de Yuvenia que se unían a los que había al otro lado de la ciudad, donde sus fábricas se encontraban, con flores, con frutas, con todo tipo de ingredientes secretos de los que ni los elfos habían oído jamás, injertos realizados por el doctor

Maquiavelli para la gloria de su negocio.

Aquella mujer era el ser nacido de la oscuridad, la Oscuridad en todo el sentido amplio de la palabra que destruiría su mundo, ahogada por su propia codicia, sería necesario acabar con ella, pero ¿Acaso Pan estaba preparado para ello?

Pensó en un segundo todo el bien que ella había hecho. Aunque era un bien aquel que precedía al mal que estaba destinada a hacerles a ellos por la profecía, dudaba ante ella como siempre había hecho de desconfianza y de incluso encanto, antes en la escalera…palabras acudían a su boca, y pensamientos que no quería tener pero que no hacían sino acrecentar más la suspicacia del elfo.

Pan traía hoy el pelo recogido en una gran trenza en la que Melissa le había entretejido las primeras virutas hechas con su lana en la rueca, ya que las segundas las había guardado para Plumón. Su hermano Plumón…injustamente encarcelado.

Todo se iba componiendo en su mente a medida que se iba acercando.

Las dobles puertas se abrieron al introducir tarjeta.

—¿Doctor Maquiavelli?

La voz del elfo crepitó entre las plantas que parecían asomarse, extrañadas. Sus ojos violetas escrutaron la estancia.

No estaba allí, ni Yuvenia estaba ni el doctor, ni el ánimo de ninguno.

De tal manera Pan se acercó a las flores.

Crecían como si fueran lechugas, era la atmósfera dulce y sobria que el señor Epis les había dejado en su jardín, allí donde ellos habían plantado su mágico invernadero.

El doctor Maquiavelli era un genio, había sabido hacer con su ciencia una unión perfecta con la medicina y los remedios mágicos de los elfos. Juntos hubieran formado un gran equipo, pero la búsqueda por el poder y la avaricia una vez más venían a dividir tanto a hombres como a los elfos.

El elfo tomó un arándano de la huerta y lo exprimió sobre su anillo.

Violeta, azul, progreso del color, todos diferentes, pero todos unos, en la Creación de Dios.

Pan untó las semillas de las rosas, que emergieron ante su palabra, protegidas por las invisibles libélulas que tomaron forma de cristal ante él.

—Sopores ertel

El Sopores cubrió las flores de un nacarado como el azúcar a medida que los ojos de pan se iban apagando, y el violeta tornaba al

verde. El ertel penetró dentro de sus semillas que retornaron al ser de la flor y un olor maravilloso cubrió la estancia, era el zumo azul que brotó del anillo de Pan.

Lo retuvo, lo calentó y lo aplicó. Luego fue a tomar varios arándanos más.

Debía de llevárselos a Melissa con la excusa de su uso para lograr en el nuevo tratamiento un color más oscuro.

Pan salió del laboratorio y no se vio obligado a decir nada. El doctor Maquiavelli milagrosamente se había escabullido.

¿Qué habría pasado?

No era propio de él en absoluto, eso era lo que le preocupaba.

Llegó entonces al laboratorio de los elfos y allí comenzó el verdadero trabajo.

Cosme ya se había marchado. Entonces el reparto sería el adecuado.

—¿Lo has hecho? —le susurró Melissa

Pan atento de que los ojos de Yuvenia estaban sobre él asintió sin decir nada más.

No se equivocaba.

—¿Qué ha hecho con mis rosas? —exigió saber ella

—Les ha untado un elixir extraño —dijo el doctor Maquiavelli —pero yo no me preocuparía, Madame.

—Vigila las plantas y su crecimiento, si presenta algún problema me lo cuentas —dijo Yuvenia marchándose.

Pero se olvidaba de que no había peor ciego que el que no quería ver.

—Le pediremos a Yuvenia que libere a nuestro hermano, cuando la catástrofe ocurra —dijo Melissa al salir de allí acabado su turno, tras revisar las calas.

Era tan maravillosa la luz y la temperatura de los laboratorios de Yuvenia que costaba trabajo marcharse. Los elfos se encontraban aún más a gusto que cuando habían estado trabajado en el jardín del señor Epis.

—Todo el público se quedará de color azul —dijo él —.

—Y su cabello blanco —dijo Melissa suavemente.

—¿Es que has hecho algo más, Melissa?

—Así es, un envejecimiento acelerado, a lo que Cosme me ha encargado.

—¿Has echado pasas de nuestro huerto? ¿Es que aún las tienes?

—Las pasas élficas jamás caducan, son perennes y sanas, bien lo sabes Pan —dijo ella

—Los humanos no pueden ingerirlas, Melissa. No quiero que

mates a nadie, a pesar de lo que sientes por Plumón y le hechas de menos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Yo siempre lo he sabido, era obvio. Pero Plumón en cierto modo también, ósea que no te preocupes.

—Pero tú no estás en paz contigo mismo, lo noto, Pan.

—Me preocupan otros asuntos —dijo él quitándose la túnica

—El legado de nuestros antepasados —dijo ella— ¿Es eso?

—Sí —dijo él

No podía decirle más. El miedo que había en su corazón, era de todo impensable.

No habían nacido los elfos para intervenir en los asuntos de los hombres más que para buscar una ayuda o bien superior.

La música, lo mágico, lo maravilloso, todo aquello sin embargo sí podían buscarlo entre los hombres, aunque era más normal que los hombres lo buscaran entre ellos.

Pan cerró la puerta tras de sí.

Ahora quedaba lo peor por venir. Saber si Yuvenia era aquella a la que todos los elfos del pasado habrían llamado “Oscuridad”.

Capítulo 7: El tinte

Sucedió tan deprisa que apenas tuvieron tiempo para pensar en nada más.

Allí estaban todos, toda la gente que había comprado el nuevo champú de Belleza del Jardín, con el pelo más largo que jamás se pudiera soñar, pero también azul. Como azul eran algunas caras, algunos torsos y brazos, para los más osados que usaban el champú crecepelo que acababan de sacar como gel.

Ningún médico había podido dar con la cura, y las manifestaciones delante de la casa de Madame Yuvenia se sucedían como si fueran días de lluvia.

No tardó mucho tiempo en aparecer enfundada en sus grandes tacones blancos frente a ellos con su pequeño cocodrilo abriendo su boca como si presumiese de las joyas de sus dientes.

Los elfos sentían un gran desagrado por Dena.

A pesar de que ella siempre bailando como una loca con su pequeño tocadiscos les hubiera querido infectar de cierta simpatía.

No lo conseguía, percibían en ella un mal depredador que solo un elfo podría colocar en en la casilla adecuada de la fauna. Dena no era un animal con buen corazón, y sus ojos fríos decían que sabía más de lo que jamás diría.

"Estúpidos elfos, os odio" —Pan lo había oído muy claramente.

"¿Por qué?" —le había preguntado él

—"Porque sin vosotros todo iba mejor"

Pan no había querido comunicarse más, con eso era más que suficiente.

—¿Es que no tenéis nada para curarles? ¿Qué ha pasado, Conrad?

Serena no tenía respuestas para Madame, ni tampoco su médico, ni los elfos.

Era como si de pronto todo cuanto le había ido bien no funcionase.

Con las manos a ambos lados de la cintura bajó del sillón de su despacho, las escaleras le parecieron eternas. La falda blanca de tubo pareció que se le desabrochaba, tan apretada como tenía la ropa.

—¡Quiero respuestas!

Yuvenia chilló.

Era la primera vez que lo hacía. Ni Conrad la había visto jamás hacerlo.

—Como alguien no diga algo habrá una gran violencia en esta habitación —dijo ella

—Obviamente algo no ha salido bien en el laboratorio, Madame, a pesar de todos nuestros esfuerzos —dijo el doctor Maquiavelli.

¡Ala! La tirita antes de curar la herida.

—¿Para qué os pago unos sueldos impresionantes? —dijo Yuvenia dando vueltas alrededor de su doctor y sus tres ayudantes, quienes se miraban unos a otros estupefactos.

—¿Para qué os he dado las llaves de volver a vuestra casa? —dijo ahora alrededor de los elfos, posando su mano sobre ellos.

—Está bien, podéis marcharos por ahora, he de meditar con mis elfos —dijo ella

Serena se marchó con sus compañeros.

Echó una mirada triste a Melissa, pero poco a nada quedaba ya de la amistad que las había unido, ambas podían sentirlo, ni de la que Serena sentía por Epis. No iba ya a ver a los elfos al laboratorio.

Había dejado de ir a verle en las últimas semanas, Yuvenia no veía con buenos ojos su amistad.

Todo el mundo de Serena pasó a ser Yuvenia y sus necesidades.

—Estáis en un gran error si creéis que no sé que sois vosotros habéis sido los que habéis tornado mis rosas en veneno —dijo frente a ellos, cerrando los ojos.

Se quitó los guantes rojos y los tiró sobre el lomo de Dena, que bajo sus pies los miró desafiante.

—¿Tan segura estás?

Pan se adelantó hasta la altura de Yuvenia y trató de cogerle un brazo, que ella declinó apartándose.

Ese día traía su pelo rubio platino recogido de un modo extraño.

—¿Qué queréis que haga? Pues bien, lo haré —dijo ella

—¿Ya vas a intentar sobornaros otra vez, Yuvenia?

Melissa se adelantó, mientras Yuvenia llegó con dificultad ante su sitio.

—Así es, con seres tan traicioneros como vosotros solo puedo hacer eso.

—No vamos a mentirte, no ahora —Pan asintió —sí, Yuvenia, hemos sido nosotros.

—Lo sabía

—¿Qué te pasa?

Melissa la miró con extrañeza.
—Estoy envejeciendo, como todos aquellos que han comprado la loción que hiciste, Melissa. Mis cabellos se han tornado en blancos, como los de mucha de la población que se atrevieron a confiar en mí, como yo lo hice con vosotros.
—¿Crees que nos has subestimado?
—Oh no…
Yuvenia llegó con dificultad a la gran ventana y desde arriba puso sus manos sobre el alfeizar.
—Para subestimaros debo de consideraros mis enemigos, y no lo hago.
Su nombre comenzó a resonar entre los manifestantes.
—¡Yuvenia, abajo las cremas que te envenenan! —repetía la multitud, tirando huevos y tomates podridos sobre las verjas de esta casa.
—¿E incluso ahora no nos consideras enemigos, viendo a todo el mundo en tu contra?
—No
Los ojos de Melissa y de Pan se encendieron de violeta por igual, como sus anillos, y ambos miraron a Yuvenia.
Yuvenia les hizo frente, dejando que sus grandes ojos grises mostrasen su verdadero ánimo, que lo leyeran, eso quería.
—Es cierto… —dijo Melissa en voz suave —su piel, sus ojos, su interior dice lo mismo que sus palabras.
Yuvenia comenzó a reír entonces.
Sabía que su complejidad era demasiado para aquellos elfos por muy sabios que fueran.
Era un monstruo, y ella lo sabía, pero se había aceptado hacía mucho tiempo. A estar sola, a tener como único alivio en esta vida a su dinero, sus comodidades.
Viviendo entre algodones, con aquellas fábricas millonarias que algún día dejaría a otra de sus estúpidas primas o sobrinas lejanas más jóvenes en caso de no tener hijos propios.
No era una villana que lograra recordar o interesarse por más cosas de las que ya hacía.
—Juega con nosotros, aún ahora —dijo Pan
—No, no es eso. Es tal y como es
—Pero eso es imposible —dijo él
—¿Qué queréis?
—¿Qué pasó con nuestro hermano?
Pan se mostró imperturbable.
—Oh sí, Plumón. Pues estaba en el sitio ideal en el mejor

momento que yo podría haber imaginado. Muchos dirían en el peor, pero para mí fue el mejor, sin duda.

—Como no nos digas qué pasó con él realmente te dejaremos envejecer hasta morir

—Dijo la elfa enamorada —dijo Yuvenia bajando de nuevo las escaleras, tocando el hombro de la elfa —aunque supongo que Pan ya lo sabe, pero tranquila, no creo que esté celoso. Sus deseos están en otro lugar, yacen lejos de ti, querida.

Había algo en la forma en que hablaba ahora que ya se estaba haciendo vieja que no sonaba propio de ella. Sin embargo, todo lo era, la voz calmada, la elegancia fría, los deseos que aún ahora encendía.

Pan la miró, como si nunca la hubiera conocido.

¿Cómo podía acaso tener tantas caras aquella mujer?

—¿Qué eres? —le preguntó Pan

Yuvenia hizo un gesto de cansancio.

—No lo sé. Pero vosotros sois unos elfos traidores, eso sois. Está bien, las pruebas que presenté como de Plumón eran falsas. Serena hizo con los chicos un montaje para que pareciera que Plumón había robado las rosas. Pero fui yo quien lo hizo, quien mató a ese perro simplón que Epis tenía guardando la casa.

—¿Qué?

La monstruosidad de la acción era algo que horrorizó a los elfos.

Yuvenia podía ver sus rostros firmes, pero sufriendo. Ambos soltaron una sola lágrima, la del Sufrimiento de nuevo.

—Querías que le odiáramos ¿por qué?

—Para obtener de vosotros algo que ya me habéis dado, la colaboración —dijo ella— ¿por qué me habéis dado la espalda? ¿Acaso no erais felices?

—Sí que lo fuimos —dijo Pan —durante un tiempo, cuando creíamos que todo era limpio, bueno. Que hacíamos lo mejor.

—Si queríais a vuestro hermano con vosotros solo teníais que haberlo pedido —dijo Yuvenia —pero por alguna razón no podíais perdonarlo.

—¡Vil mujer!

Melissa sintió como su garganta se atascaba.

—Creí en ti, te seguí —dijo ella —pero por tu avaricia lo hemos perdido todo. Nuestro invernadero, a Plumón, incluso la amistad de Serena, a quien tú cambiaste, y nuestro amigo su único consuelo.

—Te refieres al perro pulgoso —dijo Yuvenia abriendo una botella de champagne.

—¿Por qué?

—Por la fórmula de las rosas al principio, ya no quedaban en nuestra fauna, ni en Mildred Oscura, pero sobre todo por vuestros conocimientos. Aunque supongo que ahora será inútil.

—Aunque liberaras a nuestro hermano, no sabemos cómo parar esto, solo lo sabe él y quizá no querrá ayudarte. El confió en ti más que nosotros, y fue el primero al que traicionaste.

—Los sentimientos de Plumón me son indiferentes —dijo ella

—¿Lo liberarás?

—Parece que no tengo opción, estúpida —dijo ella cogiendo a su pequeño cocodrilo.

Se soltó el pelo y ya estaba completamente blanco.

Al verla los elfos se entristecieron, comprendiendo que aquello se le había ido de las manos.

—Ojalá las cosas no fueran así —dijo Yuvenia —pero lo son y yo no puedo arrepentirme. Liberaré a vuestro hermano.

—¿Así de fácil?

—No lo sé, Pan. Aún no lo sé —dijo ella —mi compañía se quebrará si no hago nada para solucionar lo que he hecho.

—El error de haber confiado en nosotros, ahora ya sabes lo que se siente —dijo Pan

Yuvenia recibió las palabras como quien recibe un caldero de agua fría, como la estocada final.

Y que viniera de él precisamente…

Yuvenia se abrochó la gran chaqueta blanca, y con gran ceremonia soltó a Dena.

—Yo perderé, pero más lo haréis vosotros —dijo ella. Se acercó al ordenador y metió la clave que había soñado con no usar nunca nada más abrirse.

De hecho, ni Dena sabía que Yuvenia tenía allí un ordenador.

No era uno convencional, sino más bien una placa que fingía ser un adorno, obra sin duda de Serena y su equipo.

—Vuestros reinos invisibles ahora lo serán de verdad —dijo ella

—¡No, señora!

Las puertas se abrieron de pronto, y un gran chillerío sonó de fondo.

Los elfos apagaron la luz de sus ojos. Pero su corazón se partió. Yuvenia al alejarse de ellos lo escuchó. Fue como una cáscara de nuez, como su resquebrajar.

—¿Por qué lo has hecho?

Conrad observaba la escena con horror.

—Porque es malvada y cruel —dijo Melissa tras ella

Pero Yuvenia no se inmutó.

Siguió su camino, así todos perdían.

Los días posteriores fueron los más difíciles para Yuvenia. Se reunió con su equipo de laboratorios, con el alcalde y sus abogados.

Nadie fue capaz de curar a los afectados, quienes lucían las manchas azules de su piel y su pelo canoso como síntoma de la afección de esa vanidad de estar bello que Yuvenia no podía dejar de sentir siquiera, pues ante el mundo la rica mujer apareció con el pelo blanco como si fuera una abuela.

Los elfos volvieron a casa del señor Epis consternados.

Ella había acabado con su conexión con la naturaleza sagrada, lograda con la magia de su poder y su ciencia, las proyecciones del doctor Maquiavelli.

Ellos jamás podrían saber qué era.

Plumón a la semana de su última reunión con Yuvenia volvió a casa.

Traía algo con él. Algo que ya no escondería más. El libro de Morgana Le Fay.

Gracias a él sanearon el invernadero de Epis y comenzaron de nuevo. Un paquete anónimo les trajo semillas de los laboratorios. Todos sabían quién era aquel que era.

Louis, el siempre temeroso.

El legado de los elfos no se estaba perdiendo gracias a él.

—Parece ser que la profecía no se ha cumplido gracias a Louis —dijo Plumón abrazando a sus hermanos cuando ya plantaron todo de nuevo. ¡Esto sí que es una sorpresa!

Todos vieron felices como las plantas crecían de nuevo, y como el conejo hacía feliz a Epis, quien sentado en su jardín ya cansado de las traiciones del mundo se negaba a salir de su casa, de su jardín.

En su entrada, se mecía cada tarde, mientras pensaba en su esposa, y en sus amigos los elfos durante los picnics. Se imaginaba como había sido con ellos, como les habría sonreído, les habría dado un trozo de su empanada que ellos habrían comido felices.

Luego pensó en Yuvenia y no comprendió el mundo. A su edad y seguía sin comprender nada. Ella le había dado las semillas que ahora estaban germinadas, y que daban sus verduras, sus flores, manteniendo la gloria del jardín de la que había sido su mujer independiente de la de los elfos.

Y sin embargo solo ella había dejado a los gusanos devoradores arrasar con todo y además con su querido Luiti, el perro fiel. Le hacía el daño y le curaba.

Por su lado le vino el conejo “Aulos” el cual ponía sus orejitas

como una flauta. Los elfos de nuevo en casa se quejaban de ella, pero no podían ver lo que él veía. Como Yuvenia no podía ser esa Oscuridad, y si era como ella misma se había apagado. Derrotada, sin dinero, enferma y envejecida más de veinte años, ya nadie la vería jamás, nadie de allí.

Plumón y Melissa aún no se habían dicho lo que debían, pero al menos estaban juntos, mientras que Epis miraba la tristeza de los ojos de Pan perderse para siempre en la lejanía, con algo que jamás podría realizarse.

En pocos días la vejez se tornó más fuerte en Yuvenia, hasta el punto de tener que ver como su fortuna se iba en grandes indemnizaciones a los enfermos que la demandaron. Su empresa simplemente se perdió, pero nombró heredera universal a Serena, tal y como había quedado en un primer momento.

—Siempre estaré a tu lado —le había dicho una vieja Yuvenia

Serena lloró por primera vez por ella, mientras la vida se iba en cada respiración.

Toda una vida dedicada a la belleza, al poder y al dinero.

¿Seguro que era eso lo que de verdad Serena quería?

—¿Louis ha hecho lo que le encargué?

—Sí, Madame —dijo la chica.

—Bien.

Yuvenia siempre había sabido jugar bien sus cartas, y ahora se preparaba para recibir una mano que acabaría con ella.

Ya había llegado Halloween y con ella el día de su cumpleaños.

Esa mañana hacía frío.

Otro cumpleaños. La compañía había sido destruida completamente. Poco podía dejarles a su doctor y a su secretaria.

—Todo cuanto tengo lo pongo ahora en tus manos —dijo Yuvenia

Serena tocó ambas manos, estaban frías como el mármol. No podía quererla como a una madre, pues de seguir su consejo su corazón se había vuelto frío, pero incluso ahora Yuvenia lucía hermosa. Conrad se había marchado hacía mucho.

Se había llevado por expreso deseo de Yuvenia el dinero que le había dejado, el que se merecía, pero su corazón iba roto, como el de todos que estaban allí. Incluso Dena había dejado de bailar.

Tan pronto. Entre las calabazas del jardín por Halloween le quitó el hueso al perro de la cocina de nuevo, riendo a su manera. Pero ya nada volvió a ser igual.

En tanto que la relación entre Serena y Yuvenia prendió también la de Plumón con Melissa.

Fue en el jardín donde sucedió.

—Serena te eché tanto de menos durante mi ida.

—La culpa no fue tuya, Plumón, pero ante todo quería pedirte perdón —dijo ella —por creer que el más sabio era Pan.

—Y lo es. Pero Pan es el mejor juzgando los corazones, no los elementos de la naturaleza, aunque el crea lo contrario.

—Ni tan siquiera eso —dijo Serena mirando al fondo de la ciudad.

—¿Crees que esta ciudad sanará un día?

—Yuvenia esperaba que lo hiciera —dijo Melissa —ella sabía que tú puedes hacerlo, pero jamás te lo preguntaría.

—¡Esa maldita mujer! Que se muera ella y sus consecuencias —dijo él —casi perdemos todo nuestro legado si no fuera por Louis.

—Sí, pero aún así ¿acaso la gente debe de pagar por estas culpas?

—Todos cuantos se echaban sus productos eran vanidosos y vanos como Yuvenia —dijo Plumón —si el color azul de nuestra fruta es el precio que han de pagar, que lo hagan. O la pérdida de algunos años. Es una manera de aprender para la humanidad.

—¿Quién somos nosotros para juzgarles, Plumón?

Melissa le cogió la mano en silencio.

—No quiero ser como ella, no lo soportaría, y tú tampoco deberías de querer serlo.

—No puedo sanarles, no aún, Melissa. Es cuanto ella quiere.

—¡Deja de pensar en esa mujer, y hazlo en nosotros!

—Ella es el gran mal de nuestro pueblo, pura oscuridad.

—Plumón, nosotros somos elfos. La esposa de Epis confiaba en nosotros porque trajimos a su vida flores, plantas, luz.

—Y Yuvenia nos ha arrebatado nuestros paraísos. Ella sabe que sin su ciencia jamás volveremos a estar casa.

—Te ha castigado por adelantado —dijo Melissa

—¿Y qué había hecho yo?

—No querer curar a la gente a quien ella ha enfermado con su avaricia, Plumón.

—¿Ves? Esa mujer debe de ser una hechicera, una bruja, por eso sabe todo antes de que pase.

—Plumón…

Él la miró. Una de sus plumas azules se desprendió de su capa.

—Te quiero, Melissa —dijo él— ¿eso es lo que querías oír?

—No, quería oírme a mi diciéndotelo a ti. Te quiero.

Ambos elfos se abrazaron, tal y como la costumbre entre hermanos hacía que debía hacerse antes de la pedida formal de

matrimonio, ella con los brazos bajos y el hombre rodeando su cuerpo con una corona de flores.

Plumón la hizo de las flores que traían las libélulas, en aquel jardín sin tiempo, sin estación.

Todo entre ellos fue formal.

Pero la tristeza empañó los ojos de Melissa.

—No podremos ser feliz sino hacemos esto juntos —dijo ella.

Plumón suspiró profundamente buscando en el interior de sí mismo algo que no acababa de hallar.

—Está bien, vamos por el libro.

El libro de Morgana les dijo a los tres elfos como hacerlo. Pero después de haber preparado los ingredientes que no eran más que tres de sus lágrimas de la Alegría, y hojas de la hierba de Santa María, piel de las pasas, precisamente también, deshacer lo hecho. Pan les dijo:

—Os agradezco que lo hagáis por vosotros mismos y no por Yuvenia. Ella no se lo merece, ha sido malvada, pero de la misma manera os digo que no es la oscuridad de la profecía. Su corazón es oscuro, pero no es una bruja, es simplemente una mujer astuta que creyó que tenía demasiado poder. No debéis de pensar en ella, solo en vosotros. Encontraremos con este libro el camino a casa por nosotros mismos. Os lo juro. Y os felicito, hermanos.

Plumón y Melissa besaron a Pan.

Luego lloraron de alegría. Epis guardó la lágrima a buen recaudo, y dejó que el tiempo pasara. Custodió la lágrima hasta el amanecer del día después de Halloween, cuando el sol salió tímido entre la lluvia que ennegrecía aún más la ciudad de Mildred Oscura.

Los tres hermanos elfos se inclinaron ante el invernadero sagrado, lleno de plantas aún más exóticas que la primera vez y luego se fueron hacia la ciudad.

Allí conjuraron a los enfermos, y les dieron de beber de aquel líquido que nunca parecía acabarse. El Agua Bendita le llamaron, el Agua Clara otros.

Todos los enfermos rieron aquel día, en fila bebiendo sin sentir rabia o más dolor de la curación que Morgana Le Fay les había traído a través del invernadero de los tres elfos.

Las pieles recuperaron su edad natural, su elasticidad y sus ganas de poder ser normal como siempre. El pelo castaño dejó de estar teñido por el blanco senil, las sienes de Mildred Oscura se oscurecieron para los afectados.

Las chimeneas de la fábrica maldita de Yuvenia fueron tiradas ese mismo día, y todo su patrimonio excepto su casa entregado a los

responsables.

Yuvenia envuelta en una larga capa negra observaba con sus tres ayudantes el expolio de su fábrica.

—Señora podemos dar aviso de que detengan el derribo.

—No —dijo Yuvenia —dejadles.

Su voz era ahora temblona, sus modales extrañamente torpes. Ella sintió arrugarse la piel alrededor de los ojos.

—Madame ¿no ve que lo perderá todo?

—Mi cayado, Serena —dijo ella negando con la cabeza —ahora debéis iros todos excepto Serena, tal y como os he mandado.

Los dos chicos se sentaron a los pies de Yuvenia, quien les acarició en la cabeza, y luego se marcharon con sus mochilas. Ya habían recibido un cheque.

—Pero todos la abandonan, Madame Yuvenia —dijo Serena

—No debéis preocuparos por mí. Yo soy más fuerte de lo que parezco —dijo ella —por cierto, quiero que hagas una cosa por mí. La última.

—¿Sí Madame?

—Louis me ha dicho que le han invitado para la boda de Melissa y Plumón. Quiero que les de un regalo, que finja que es de él. Que me lo robó.

—¿Qué es?

—Es esta piedra de diamante azul —dijo Yuvenia —mira como brilla, me recuerda la amatista. Lleva al reino de los elfos.

—¡Es una de las piedras de la gruta de las hadas!

—Así es, de las de invierno. Las que iban montadas en libélulas de cristal ¡oh! —luego comenzó a toser.

—Se las daré a Louis, Madame —dijo Serena

—Ahora ve y disfruta con tus amigos, yo te esperaré en casa, amiga mía —dijo la anciana.

Serena asintió, y se alejó tras sus compañeros que le sacaban ventaja.

Luego siguió su propio camino. Miró en dirección a los elfos, ya se habían ido, pero Melissa lucía radiante.

Tal y como ella había sido una vez. No hacía mucho.

Serena no le había preguntado por qué no iba a pedirles a los elfos la cura.

Sabía que era demasiado orgullosa y que no se lo merecía en opinión de Plumón. Toda la magia era de ellos, al fin y al cabo. De su invernadero que portaba la luminosidad de su cultura.

Los reinos de los elfos existían siempre y cuando encontraran un camino para ellos. Por sí mismos sabían donde estaban, pero el

tiempo concedido en ellos era muy poco.

Yuvenia y su ciencia les había permitido localizar las zonas más fácilmente y residir en ellas bajo la cubierta de cristal natural el máximo tiempo posible.

Ahí fue donde Melissa había comprendido lo mucho que quería a Plumón y como su amor por él era diferente del que sentía por Pan, por Epis, por Louis o por cualquier otro hombre de su entorno.

Incluso su amistad con Serena comenzó a cambiar, la veía de otra manera cuanto más tiempo pasaba. Pero ahora algo había pasado que todos estaban comenzando a cambiar de forma de pensar.

La boda de Plumón con Melissa fue en su invernadero. Les casó Pan, y los dos se besaron como únicos testigos a los tres asistentes de Yuvenia y el señor Epis.

Todos cuantos habían trabajado para la terrible mujer se habían ido ya, y sus cuentas estaban casi vacías, tan sólo llenas por los beneficios de los productos que no estaban hechos con las rosas que eran muy pocos. La magia se había ido de los productos de Belleza del Jardín, y aunque durante mucho tiempo los periódicos y la tele mintieron sobre lo ruin y malvada que era Yuvenia, ahora convertida en una vieja bruja, no decían cómo mucha gente comenzó a echar de menos sus fantásticos y milagrosos productos que les hacía no solo rejuvenecer sino estar libre de los dolores, levantar ese ánimo o tener ganas de bailar.

Poco se sabe lo que pasó a nuestra villana, más allá de toda la felicidad de nuestros héroes. Sí, todos son nuestros, lo han sido a lo largo de esta historia, corta pero feroz en muchos sentidos. Todos amaron, se sintieron especiales, dudaron, se escaparon, vivieron su propia aventura.

Pero ¿qué hizo que Yuvenia fuera destruida tan rápido, casi tan imperceptiblemente?

Tal vez un reseteo, un despertar hacia lo que vale la pena, o lo que no. Tal vez los mismos hechos le abrieron los ojos.

Si bien no estuvo en la boda, por alguna razón todos pensaron en ella. Y lo hicieron por la misma razón por la que los malvados forman parte de nuestra vida para siempre: porque residía en su pasado, en un período de su vida que jamás ninguna borraría, porque estaba ahí. Porque era como era, y nada podría hacer que cambiara.

Yuvenia había venido al mundo amando la belleza, buscándola y exprimiéndola, hipnotizando a una masa que la adoraba, a la que deslumbraba, pero a la que había descuidado. La historia de

Yuvenia es la historia de una villana que recibió traición por todas aquellas que ella había hecho. Recibió la noticia de su ruina tan serena como había recibido cuando no era sino una niña la de que su padre se había hecho más rico aún. Su fortuna había llegado hasta el cielo, y ahora había bajado a la tierra.

No perseguía un ideal, perseguía el dinero, la divinidad de tener una juventud siempre fresca, luchó contra el tiempo, contra la unión de los elfos transformada en una amistad única, en una hermandad inquebrantable y había fallado.

Hilvanó mentiras, mató a seres inocentes, como el perro Luiti, mientras amaba a su cruel cocodrilo Dena.

Todo cuanto no estaba bien le era querido. Pero al mismo tiempo en su conciencia latía una especie de espíritu práctico que sin pretenderlo le otorgaba actos de gran lealtad y hasta humanidad.

Era cierto que era falsa, mentirosa, egoísta y mimada, vanidosa y ciega. Pero al igual que robaba los fondos para sus aparentes causas benéficos también le dejó en herencia todo cuanto le quedaba a su secretaria tan solo porque se lo había querido, y no quiso curarse, dejando que su vida vacía se perdiera por una inconsciencia que habría preferido no heredar. Yuvenia con el nombre de la juventud en sí buscaba todo cuanto esta significaba. Siempre algo nuevo. Había entregado las llaves de los reinos de los elfos y de su posible entrada en ellos el tiempo que quisieran a Louis que se la dio a los novios, como regalo de bodas, al igual que sin que lo supieran les había dado las semillas de su legado.

El monstruo había hecho cosas buenas.

Yuvenia se quedó tendida en su cama, hermosa aún pero ya no tan fuerte.

Las pieles de las pasas élficas estaban pasándole factura en la crema que se echó. Aquel elixir ella pensaba de vida, de belleza. Su estado iba empeorando más y más cada día. Serena le rogó que fuera a buscar a Plumón.

—Yo no me humillaré, Serena —decía con sus ojos grises ya pálidos y casi azules, transparentes, preparados para cerrarse para siempre con tranquilidad cuando su secretaria la impelía a ello.

—¿Por qué has querido esto Yuvenia?

—Porque es justo, yo no obraba pensando en los demás, si no en mí. Buscando algo que no es bueno, que no es natural. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo pude permitir que todos me traicionaran así porque les traicioné yo primero?

—¿Fue por el poder señora?

—Oh sí, pequeña mía —dijo ella en esta ocasión— ¿qué otra cosa ha habido en mi vida que valga más?

—Es todo cuanto has conocido, Yuvenia —dijo la chica.

—Yuvenia —repitió Madame, buscando en su nombre el significado a todo cuanto le había sucedido en la vida —es como si lo tuviera marcado. Juventud. Y no morir con ella…eso es lo peor.

—¿Qué hubiera pasado cuando envejecieras, Yuvenia?

—Pues que lo habría llevado muy mal, querida —dijo tosiendo por reír con dificultad. Se llevó las dos manos a la mesita, y cogió un tisúes para sonarse— ¡ayúdame!

Serena la incorporó y le puso un segundo cojín, entregándole el jarabe que tomó con una sola cuchara.

—Nunca has perdido la calma en todos estos años, señora —dijo Serena mientras se puso a tejer a su lado, pero era raro, porque era un tipo de labor extraña, sin más agujas que una. Decía una palabra extraña con cada una.

—¿Quién te ha dado esas hebras?

—Pues…

—Ah espera, ya sé, Melissa. Siempre estaba haciendo hebras para Plumón. La pobre decía que era para Pan también, pero yo sé que no eran para él —dijo Yuvenia.

—La boda fue preciosa, señora —dijo Serena —se casaron en el invernadero de los elfos. Las calas de Melissa estuvieron en su ramo. Al finalizar la ceremonia élfica solo ella usó el anillo nuevo que le regaló Plumón, un anillo comprado entre humanos. No un anillo élfico.

—Que extraño ¿verdad?

—Así es, señora —dijo ella, Serena.

—¿Y qué tal estaba Pan?

Serena clavó sus ojos en ella

—Me preguntó por ti

La voz de Serena era como un hilo, Yuvenia tenía que ir tirando de ella para que ésta le contestara, hasta que no preguntó más.

—Ahí… —la señora señaló el cajón —y oh, Pan.

Con el recuerdo de Pan dejó que sus manos soltaran los pañuelos, que sus miembros se relajaran y se extendieran con el rigor de los muertos, y que la vejez se redoblara sobre la corona de su cabeza. Todo el poco pelo rubio que quedaba se tornó en blanco.

—¡No, no, no, no!

Serena desesperada la movió inerte de un lado al otro. Y lloró por lo que había pasado. Ya no sentía envidia por la señora, solo agradecimiento.

Todo había terminado para Yuvenia,

Sin embargo, el testamento estaba claro allí en el cajón, donde ésta había señalado.

Todo para Serena. La pequeña e insignificante Serena que su padre tanto despreciaba y que nunca llegaría a nada.

Allí estaba, dueña y señora de más acciones aún de la que nadie hubiera podido saber.

Serena lloró aún más frente al fuego, cuando dejó la habitación.

Capítulo 8: La visita

Serena había cerrado la casa por completo. La enorme mansión seguía proyectando los pequeños y vistosos arcos de colores por la caricia del sol.

Tomó el pequeño coche que estaba a la entrada, toda llena de flores del otoño marrón y se marchó, dejando el portón cerrado también.

El gran portón con las iniciales “MY”.

Madame Yuvenia.

La historia podría haber acabado aquí, justo cuando Plumón y Melissa pasaron con el beneplácito de Epis a su reino, para encontrar entre los bosques invisibles las ruinas de sus padres, de sus otros amigos, de sus antepasados y construir su presente allí.

Dejaron una carta para Pan.

Sabían que el camino de su amigo se había alejado ya hacía demasiado tiempo de ellos.

Había escogido una vida en común con la humanidad que con los suyos. Su vida de búsqueda había terminado. Con las manos en el pecho se lo había dicho durante la comida que les preparó el señor Epis con la ayuda de Louis y Cosme.

—Mi camino hace largo tiempo que está escrito. Y no está junto a los verdes valles de nuestra gente, ni bajo las cataratas de plata, lugar donde nuestras rosas despiertan a la primavera.

—Debes seguir donde tu corazón te lleve, hermano —le había dicho Plumón.

Por eso tal vez y sorprendentemente cuando ocurren tales cosas en la vida real, sus pasos le llevaron hasta la mansión de Madame Yuvenia, la cual yacía completamente sola, igual que había vivido su vida.

Pan penetró en la casa paso a paso, mirando las gruesas hojas marrones, haciendo que sus largos dedos recorrieran todas las paredes llenas de cuadro, que las puertas se abrieran a su paso. Ya no quedaban equipos de seguridad, ni manifestantes, sino tan solo la soledad que trae la muerte.

Al llegar al salón principal recordó entonces el espectáculo que no hacía tanto Yuvenia les había dado, y al irse, tan sólo al irse el

canto de aquella sirena, que no era otra que la sirena que había susurrado en el oído de la señora de la casa que podría mantenerse joven y bella para siempre y hacer de su casa una fábrica de sueños para hipnotizar y volver a la sociedad aún más vanidosa y fatua de lo que ya era.

La juventud era una estación, como lo era la primavera, o el otoño ahora, por eso debía de transcurrir, fiel a su tiempo, a su ciclo, a la Providencia y a algo más grande que todos ellos, a un Universo al que Yuvenia había tenido el descaro de desafiar con todo su corazón, conocedora como nadie de los peligros. Y es que Pan no había conocido a ser más fuerte o más débil en el mundo que fuera más consciente de la realidad que Yuvenia. Había jugado y había perdido.

Llegó a la altura del jardín de la señora de la casa. Había hiedras, eso era todo. Fuertes y hermosas, y buganvilla trepando por las medievales paredes. Pero no había flores más que las silvestres, en el abandonado prado, largo de yerbajos y bichos.

Los pasillos estaban sucios y todas las estatuas, cuadros, y jarrones habían sido retirados por Serena para evitar el saqueo.

Pan pasó la mano por la barandilla desde donde Yuvenia les había hablado a todos, y miró abajo recordando. Luego siguió y vio los grandes cortinajes que presagiaban que su cuarto estaba cerca, y pensó en el beso que le dio.

¿Sus ojos serían todavía grises? Pero algo no iba bien.

Cuando llegó a su puerta puso su mano, pero ésta no se abrió.

Su voz entonces.

—Yuvenia ¿Estás ahí?

Y al no oír nada, comprendió.

Su piel se erizó, sus labios rezaban una oración en élfico al mismo Dios que tenemos todos, al Creador. Rezaba al pintor, al constructor, al poeta y al Padre que había creado este mundo con el anillo como cruz que por favor le permitiera abrir esta puerta.

Pronunció las palabras, pero no se abrió.

La Muerte se había colado.

¡Había esperado demasiado!

Pan pensó en ella, en la mujer que amaba.

Así, era. La amaba.

Sabía que Louis no había podido encontrar él solo todas las semillas ni tampoco el diamante para acceder a su mundo. Era algo más.

Era la mano de alguien que no quería ser descubierta. Había en el silencio ejemplar de su ayudante una lealtad ciega y meticulosa,

y su manera de hacerles llegar los regalos una elegancia solo propia de Yuvenia. Él, que conocía todos los interiores.

Sus ojos brillaron violetas. Fue entonces cuando las trabillas de la puerta se soltaron.

Allí estaba Yuvenia, en la cama. Caliente aún, frente a la chimenea encendida.

Pan entró dentro de la habitación. Vio la mecedora junto a la cama.

¡Qué diferente su habitación!

—Dena —dijo el al cocodrilo que fue a su lado, la mirada perdida.

Se alejó de él, como quien se aleja de lo desconocido.

Hiriente y mala, como la mujer que la había criado. Y sin embargo allí estaba, como dormida.

—Oh, Yuvenia ¿qué te ha pasado? ¿Por qué no vine antes?

Pan cayó de rodillas.

Todo el poder, la magia élfica, el orgullo, la soledad, la avaricia de ella, el dolor que había causado y el sentimiento que él se negaba a sí mismo.

Todos los dones que ella les había arrebatado se los había devuelto. Todo el dinero ganado con su ayuda en la venta de los productos de su firma ¿dónde estaba ahora?

Perdido o en manos de Serena.

Pan se alzó sobre la cama, y la observó. Suspiró, pensando en su amor por ella.

Ella debió de saberlo, porque todo lo sabía.

Como él. Habían nacido así, y así debían de haber permanecido, el uno junto al otro. Ni la gloria ni la miseria les servían ahora.

—Oh, Yuvenia, ni juventud ni vejez ¿qué nos queda ahora que ya he vuelto?

Pero ella no dijo nada.

Sus grandes ojos cerrados. Sus manos dentro de la colcha, más anciana de lo que él nunca creyó que las pasas élficas podrían hacer.

Sacó entonces Pan de su pecho, bajo la túnica verde le pequeña botellita colgada con una de las lágrimas de la Alegría. La suya, o parte de ella.

La vertió en los labios blancos y entreabiertos de Yuvenia.

—Toma mi Alegría, toma mi Vida, porque tú eres ambas para mí, vuelve y sé mía.

Pasó mucho tiempo, antes de que el elfo abriera sus grandes ojos violetas sobre el rostro de su amada, la cruel Yuvenia, tras rezar

largamente al Creador, y la viera de nuevo, joven y sana frente a él.

—¿Qué pasa? ¿Quién es usted?

No se acordaba de nada, la nada era de donde había venido, de aquel sueño profundo y largo al que Serena había tomado por muerte, y quizá sí lo era, o tal vez una hermana de ésta.

Pan sonrió, y de pronto la abrazó largamente. Ella no dijo nada, sino que bajo sus brazos encontró la calidez de un amigo, y se sintió querida.

Fin